

Novelas Katharsis



Félix  
Serrano  
Alda

## “LA FUENTE SE HA SECADO”



Tercer Premio del «I Concurso de Novela Corta Katharsis» |  
Serie Lecturas Premiadas



# LA FUENTE SE HA SECADO

Félix Serrano Alda.





Esta novela fue premiada con el Tercer Premio del

«I Concurso de Novela Corta Katharsis»

### ***Mi pueblo***

Mi pueblo era un paraíso. Sabíamos, porque nos lo había dicho el señor cura muchas veces, que había sido construido con lo que sobró de hacer el paraíso terrenal. Tenía de todo y todo bonito. Estaba construido en las profundidades y una de las laderas de un barranco por el que transcurría un río caudaloso de aguas claras lleno de truchas y cangrejos.

El río era la fuente de vida de todo su entrono y era la tercera despensa de todas las casas del pueblo. La primera estaba en los campos de cereales y legumbres y en los huertos que a su vera aprovechaban sus ricas aguas a través de un sistema perfecto de canales y acequias para regarse y producir todo tipo de hortalizas y verduras.

La segunda despensa la teníamos cada uno en nuestra casa donde cuidábamos animales: cerdos, cabras, conejos y gallinas que después servían para completar nuestra rica dieta castellana con su leche, sus huevos y su carne.

En mi pueblo éramos felices sin saberlo. Como era tan natural la alegría y el gusto con que hacíamos todo, Vivíamos en armonía con el entorno y con nosotros mismos y por ello nos era fácil el trato siempre cordial y amigable con todo el mundo.

El cura nos había explicado muchas veces la leyenda bíblica del paraíso terrenal como Jardín del Edén y el castigo por el lio de la manzana y el “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Aunque yo siempre pensaba que por sólo una manzana no debió ser, sería por alguna más.

A nosotros, como no nos habíamos metido en el lío de la manzana, no nos habían echado de nuestro paraíso natural, pero lo del sudor nos tocó doble. En mi pueblo en cuanto pasaba el invierno, allá por la Semana Santa, se sudaba por todo y a todas horas porque la gente pasaba todos los días a todas horas trabajando. Entonces no se había inventado todavía el fin de semana, y sólo los domingos se los había reservado el señor cura para que le hiciéramos caso y nos pudiese explicar todo – buen, sólo lo que convenía –, de la Biblia y los otros libros bien gordos que tenía en la iglesia y en su casa.

“Para que no le quiten el puesto”, decía mi padre, los tenía en latín y luego él nos explicaba lo que ponían o lo que a él le convenía. Cómo sólo él los entendía. Porque a mi me extrañaba que en todas las historias su Dios y sus Santos fuesen siempre los listos, los buenos, los santos y los que salían ganando.

El cura siempre tenía una razón para explicar cada cosa, hasta muchas incomprensibles para nosotros, y sólo en algunas ya muy especiales echaba mano de su frase preferida: “eso hay que mirarlo con los ojos de la fe”

Desde mi pueblo casi todas las noches se veía la puerta del paraíso que era enorme. Abarcaba todo el cielo y estaba lleno de estrellas que dibujaban mil figuras que los viejos nos descubrían y nosotros aprendíamos: el carro mayor, el carro menor, los dos con sus caballos y todo, la estrella polar, la aurora boreal, la vía láctea, el lucero del alba y cientos más.

Como casi todas las cosas de mi pueblo, tenían el nombre más adecuado que definía su forma, su apariencia o su significado: el regatillo, el puente los “cincojos”, el navajo, el salidero, el camposanto, el marojal, y todo igual.

Por el contrario la ventana del infierno era pequeña y por ella tan sólo nos entraba alguna inconveniencia procedente de la capital que enturbiaba la claridad de nuestra existencia.

En mi pueblo todo era un círculo perfecto en que las cosas, las circunstancias y los hechos daban vueltas y al final volvían al mismo sitio del principio. El año tenía cuatro estaciones bien marcadas y por ello todos sabíamos en cada momento lo que había que hacer.

La vida empezaba cada año con la llegada de la primavera que como todas las demás estaciones llegaban por el cielo por la parte del Salidero que era por donde el sol salía cada mañana. Y lo notábamos – que había llegado la primavera –, porque el sol salía de una manera diferente y ya se entretenía más horas entre nosotros.

Además, toda la gente no hablaba de otra cosa. Porque en mi pueblo el buen tiempo era un acontecimiento que como todas las cosas buenas se celebraba en una fiesta en que todo el mundo se animaba y participaba en ella. El campo que cambiaba de color día a día, los animales que andaban más ligeros, los cencerros de las cabras y las ovejas sonaban de otra manera y las mismas gentes nos volvíamos más coloristas y nos empezábamos a despojar de los arropos que nos habían tenido secuestrados durante toda la época de frío.

Y así hacíamos cada estación que nos marcaba lo que teníamos que hacer y lo que teníamos que guardar, tanto de ropajes como de costumbres. En la escuela nos enseñaban las fechas de los cambios de estaciones, pero era un cálculo inútil, porque lo que teníamos que hacer era tan sólo mirar a nuestro alrededor y actuar conforme a lo que la naturaleza nos marcaba. No había mejor calendario.

Otro de los ciclos infalibles era el aprovechamiento de todas las cosas, hasta las basuras y desperdicios, más bien escasos, que siempre eran reutilizados. La ceniza de la cocina y la estufa para los tiestos de las flores, las mondas de las patatas y las manzanas para hacer comida a los animales domésticos. Hasta el estiércol de los animales era la fuente de vida para los campos y los huertos.

Las mismas personas éramos otra muestra clara del círculo de la vida, porque convivíamos todos juntos en cada casa y en cada barrio, críos, jóvenes, padres y viejos. Cada uno cumplíamos a la perfección el



papel que teníamos asignado en nuestro paraíso privado ayudando a los demás y ofreciéndoles, lo que la naturaleza nos daba con prodigalidad: los niños regocijo y alegría de vivir, los mayores trabajo y esfuerzo y los viejos sabiduría y consejo.

Aunque en mi pueblo todo el mundo era sabio o aprendiz de sabio. Había algunos que habían estudiado en la capital o en el seminario, eran los doctos e ilustrados del pueblo, pero eran los que menos sabían. No sabían si iba a llover, si iba a hacer calor, si haría frío, si se helarían los pocos frutales que teníamos, ni hacer una escoba bien hecha o una cesta de mimbres como hacía mi abuelo.

Los que de verdad sabían de las cosas que nos daban la vida y de la vida misma eran los viejos como mi abuelo y otros como él a los que todo el mundo hacía caso porque todas las cosas se hacían como se habían hecho siempre. Y si alguna cosa se salía de lo habitual, enseguida acudían a ellos para ver si recordaban que hubiese pasado ya anteriormente. Sin los viejos como mi abuelo, el pueblo no hubiese funcionado tan bien en todas las cosas.

En mi pueblo no había competencia y aparte de los que se dedicaban al campo y a sus tierras, había un artesano para cada oficio y en su oficio eran los mejores porque lo habían aprendido de sus padres y así ellos lo transmitían a sus hijos. Teníamos de todo: hornero, cestero, herrero, carpintero, tintador, sastre, boticario, panadero, calderero, quincallero, tendero,.....de todo.

Sin embargo, había tres bares y una taberna. Porque eran muy de la juerga y del buen beber los domingos y las fiestas de guardar. Y los mozos, igual que aprendían de sus padres a trabajar en lo suyo, aprendían a jurar, a mear en la pared de los pajares, a fumar y a beber. Tenían que demostrar su hombría en todos los campos como las mujeres tenían que cumplir con su papel de buenas hijas, guapas novias y madres hacendosas.

Allí casi todos éramos pobres, pero no nos importaba porque éramos tan felices que ni nos parábamos a pensarlo. Ni se nos ocurría,

porque la alegría que teníamos y con que hacíamos todo nos cegaba. De hecho, pobres tan sólo había un par de casas pero era más bien como contraste para que los demás supiésemos apreciar lo que teníamos – como así hacíamos–, para disfrutarlo y compartirlo con los demás.

Las casas de mi barrio estaban siempre abiertas, de par en par – menos en el invierno –, y podías ir en cualquier momento a cualquier casa a pedir lo que necesitases.

– Tía Esperanza – llegaba yo a casa de una vecina que era tía pero muy lejana, aunque me quería más que si hubiese sido su sobrino preferido –, que no está mi madre en casa, que me dé de merendar.

– Habrá ido al río a fregar los cacharros – me decía, y me daba un buen trozo de pan con longaniza.

En estas ocasiones yo salía ganando, porque mi madre con un trozo de pan con chocolate me aviaba. O a lo mejor me lo había dejado preparado en la despensa, pero yo prefería ir de prestado – en este caso, más bien de dado –, a casa la tía Esperanza. Ya he dicho que allí casi todos eran sabios, y los que no, aprendíamos deprisa.

Como he dicho, al igual que sabíamos trabajar, sabíamos divertirnos los días que tocaba. Los chicos casi cada día en los recreos de la escuela y los domingos en el “juegopelota” y en la televisión. Y los mayores podían descansar y disfrutar los domingos y fiestas de guardar. Y estas eran las mejores porque, además de la misa, siempre había algo especial para ver, hacer o saborear.

El jueves lardero, sin misa, sólo tortilla de patatas en el campo. Los mayos en que los mozos regalaban cosas y les hacían versos a las mozas. La Semana Santa en que los mozos, como cerraban los bares y la taberna, previsoires, hacían limonada en los pajares.

En la fiesta de los quintos, los que ese año entraban en quintas para irse a la mili hacían una fiesta continua durante cuatro días con juergas, cánticos y rondas por las calles del pueblo tocando y cantando pasacalles y jotas. Y en casa de los quintos tenían que acoger a todos

los compadres de juerga que esos días quisiesen ir allí a comer o a dormir.

Las rondas por las calles, además de los cánticos comentados, generalmente de madrugada, suponían que las mujeres acudiesen a la puerta de la casa con la botella de coñá y la de anís y unas magdalenas para reconfortar a los rondantes y agradecerles la dedicación de sus cánticos. O en alguna ventana solían dejar un huevo fresco y un alfiler para que los mejores tenores afinasen la voz deteriorada por las horas de bebida, fumeo y cánticos, absorbiendo el huevo entero con maestría por el agujero que le hacían con el alfiler. Con cuatro instrumentos de cuerda – guitarra, laúd bandurria y violín –, y un acordeón junto a otros utensilios caseros como una botella de anís y un almirez de bronce, conseguían entonar por todas las calles los mejores cánticos tradicionales de entonces.

Cuando algún pastor o labriego mataba una zorra en el monte la colgaba de un palo y con un ayudante la paseaba por las casas y en todas le daban algo para la despensa en agradecimiento por haberse desecho de tal depredador de corderos y animales de corral.

Aunque la comida era justa a lo largo de todo el año, en las ocasiones en que se acometía una tarea especial como la siega o el esquilado de las ovejas la regla número uno no escrita era que había que alimentar bien a los trabajadores. En la siega a los peones que venían de las tierras andaluzas del sur, y en los esquilos a los esquiladores y a los chicos que aquellos días dejaban la escuela para trabajar como ayudantes dándole vueltas de manera alocada a las manivelas que transmitían su movimiento de rotación a las maquinas de esquilar.

Los días de la siega, el cocido, las tajadas y chorizos eran llevados por las mujeres hasta el mismo tajo. Y en los “esquilos”, las fuentes de chuletas de cordero eran abundantes y regadas con buenos vinos aragoneses.

Pero las mejores fiestas eran en Octubre, en homenaje a nuestra patrona, la Virgen del Rosario que también se llamaba la Virgen de la Lastra. Los festejos duraban cuatro o cinco días aunque ya se preparaban los nueve días antes con las novenas a la virgen.

Éramos los mejores trabajando y en todo el proceso de la siega, pero también éramos los mejores haciendo festejos: comparsas de pueblo de ronda por todo el pueblo, baile de pueblo en la plaza del pueblo, cucañas y concursos en todo el pueblo, casetas de golosinas y entretenimientos en la plaza, campeonatos de pelota a mano en el juegopelota y campeonatos de guiñote y subastao para los hombres en el casino.

Todo, actividades lúdicas de pueblo en su mejor estilo rural en los que poníamos el alma y todos los sentidos además de alegría e ilusión.

Y cada año no queríamos tener ninguna referencia de las fiestas de otros pueblos vecinos, tan sólo queríamos que fuesen mejores que el año anterior para continuar siendo por ello la admiración – entonces no conocíamos la envidia –, de los pueblos vecinos y de los pocos parientes que nos llegaban de la capital.

### ***Mi familia***

El día que nací yo no había ni periódicos. No es que fuesen tiempos antidiluvianos, sino que era lunes y entonces los periódicos no se publicaban los lunes porque el día anterior era fiesta de guardar. No quiero decir en mi pueblo, que nunca los ha habido, sino en la capital. Pero daba igual, las noticias podían esperar hasta el martes. Y si hacía falta, no sólo las noticias, también los acontecimientos.

Aquel lunes de Julio de 1954, aparte de nacer yo, lo que no le importó más que a mi familia y a unos cuantos paisanos, tampoco había muchas noticias que publicar. Los diarios del martes sólo traían noticias sobre la festividad del domingo anterior, Santiago Apóstol, y la ofrenda del Generalísimo Franco al Santo en la Catedral de Compostela. Todo lo demás eran noticias sin importancia de gente sin importancia, como nosotros.

Mi familia éramos pocos, pero estábamos muy bien avenidos. Mis padres, mi hermana mayor, que más previsora había nacido un miércoles, nueve años antes, y mis abuelos paternos que vivían a escasos metros de nuestra casa. Una casa alquilada que a mis padres les suponía un desembolso de veinticuatro duros cada mes de Octubre, después de la siega, en que mi padre terminaba sus tareas de peón segador.

De lo único que me puedo alegrar de aquel día es de haber sido madrugador. Cuando vinieron a buscar a mi padre sus compañeros de cuadrilla de siega, se asomó a la ventana y les dijo,

– Iros sin mí, que ha nacido el chico y hoy no voy.

Esto tuvo que ser antes de que amaneciera, pues con las primeras luces del día ya tenían que estar en el tajo el tajo que aquellos días

tenían por el puente La Salilla. A mí siempre me ha sonado muy bien este nombre, aunque nunca he sabido su significado.

También fui madrugador anticipándome a otro amigo – me lo presentaron en la catequesis cuando ya teníamos cuatro años – para quitarle el nombre. Cuando su madre, Teresa – embarazada de nueve meses menos un día –, vino a ver a mi madre y a conocerme a mí, le dieron la mala noticia,

– Qué chico más majo has tenido – dijo ella cortés – Qué hermosura – se refería a mis mofletes.

– Sí – dijo mi madre orgullosa y dolorida – Ha nacido muy bien.

Aquello me debió motivar, pues después siempre he tenido empeño en que mi madre valorase lo que yo hacía.

– ¿Cómo le vais a llamar? – preguntó Teresa inocente.

– Félix, como su padre – dijo mi madre satisfecha.

Aunque después todo el mundo me ha llamado siempre “felisín”

Teresa no dijo nada. Pero retorció el morro, ya que pensaba llamar así a su hijo, si era chico, en honor a un hermano suyo, usuario también de este feliz nombre. Entonces no nos podían poner el nombre por anticipado o comprar ropita azul o rosa hasta el día de nacer, porque no sabían nuestro sexo hasta que aparecíamos y nos miraban abajo. Aunque entonces tampoco había ropita que comprar. Nos vestían con las heredadas de hermanos – en mi caso hermana – y otros parientes más afortunados.

Mi gran alegría fue poder escoger nombre a mis anchas. Bueno, mis padres. Y que mi amigo, que nació al día siguiente, se tuviese que conformar con llamarse César Félix. Félix no lo ha podido usar nunca porque en un pueblo pequeño hubiese estado mal visto que dos chicos nacidos en días consecutivos se llamasen igual. Por ello ha llevado en secreto el nombre y el trauma por no poder usarlo. Por su tío. Por él, bien a gusto ha estado con César todos estos años.

Yo siempre me he alegrado por ello. Aunque de verdad me hubiera gustado llamarme Santiago, como el Apóstol del día anterior. Pero ahí

me retrasé un día. O Víctor. Nombre que después pudo usar un primo mío por parte de padre. Al final nos hemos apañado bastante bien con el reparto de nombres entre los tres.

Mi familia, como casi todas las del pueblo, teníamos título nobiliario, éramos “los josetones” como a otros los llamaban los “pozas”, los “churras”, los “chinchas”, los “chelas”, los “pesetas”, los “sardinas”, los “chapiques”, los “chupas”,...había algún otro sin “ch”, pero eran los menos.

El mote era más importante que el apellido y mucho más que el nombre. Ibas a otro pueblo, y decías soy fulano de tal, y tan frescos. Pero decías soy fulano, sobrino del “tenazas” y se te abrían todas las puertas.

El día que nací yo era un día prometedor. Todo estaba en la penumbra de la madrugada que esperaba ver despuntar los primeros rayos del sol. Cuando el sol apareció por el “Salidero” ya hacía dos horas que había nacido yo y dormía apacible esperando una hora más razonable para almorzar. En aquellos tiempos no sabíamos que había desayunos, por lo que nosotros, a esa hora, directamente almorzábamos.

Después de lo del periódico vino la segunda mala noticia. Ya me parecía a mí que lo del nombre había sido mucha suerte. El primer día no me daban de almorzar, ni de comer, ni de cenar. Tenía que esperar a que hiciese mis primeras heces y soltara el meconio – así dijo el médico que se llamaba esta primera deposición –, para tomarme mi primer café con leche. Aunque fuese sin café, vamos.

Podéis suponer, ahora que ya nos vamos conociendo, la que armé cuando me desperté a las nueve y me lo dijeron. No sirvieron explicaciones ni falsas esperanzas. Todo el día llorando para reclamar la teta prometida.

Por lo que me han contado después, ya entonces era muy tragón. De los años posteriores me acuerdo yo, y lo puedo atestiguar. Pero a lo

que iba, el día de ayuno me sentó fatal. A partir del día siguiente me puse a recuperar lo perdido. Y desde entonces siempre he ido un poco acelerado en ese tema.

Otra de las circunstancias espaciales de mi nacimiento: en nuestra casa alquilada cuya fachada, orientada al Este, daba de lleno a la placituela del "salidero" que, aparte de estar siempre llena de cagarrutas de oveja y de cabra, se llamaba y se llama así porque en aquellos años era el lugar donde se reunía el rebaño de cabras del pueblo para salir al campo cada día a pastar. El Salidero. Me sigue sonando a noble, aunque tenía un nombre bien prosaico.

A los cuatro años, una vez perdida la fijación con la teta, tuve mis primeras experiencias sociales: me regalaron un perro que se llamaba Chin y me empezaron a llevar a la catequesis.

El Chin, ni idea de porqué le pusieron un nombre tan poético, era mi fiel guardián y mi compañero de viaje por todas las dependencias de la casa. Que iba a la cámara – desván, quiero decir – el Chin iba conmigo. A la alcoba de mis padres, igual. A buscar la botija para mi padre, él detrás. Ya digo, mi fiel escudero.

Por eso él fue el mudo testigo de mi primera experiencia sexual. Como lo oís, con sólo cuatro años. A veces, cuando me aburría, me metía en la cuadra y me ponía detrás del burro y por entre las piernas le tocaba los cojones. Nada de sentido metafórico, real. Hasta que un día el burro me atizó una coz y me estampó de cabeza contra el suelo a tres metros de distancia. Por suerte tenía la cabeza dura y, aunque hice una señal en la losa del suelo, con un chichón se saldó el incidente.

Pero la escena no termino ahí. Yo rompí a llorar y me eché mano a la cabeza: "ay mi cabeza, ay mi cabeza", hasta que bajó mi madre para ver lo que pasaba. Cuando vio la escena y le expliqué el motivo de mis quejas enseguida lo entendió todo y me reprochaba,

– So burro, ¿no te decía yo que no enredases con el burro que un día te pasaría esto?



A todo esto, el Chin allí tan tranquilo. Yo creo que muerto de risa y mirándome con una cara, como diciendo: también yo lo veía venir.

– Sí – seguía quejándome yo – Yo no creía que iba a pasar.

– A los animales hay que dejarlos tranquilos y no marearlos – decía mi madre en tono de reproche – Cualquiera día el cochino te va a morder una mano. Ya te digo que no te acerques a él y no lo toques cuando está comiendo. ¿No ves que los animales no tienen conocimiento?

Los demás animales, no. Pero yo creía que el Chin, sí. Él me entendía y me acompañaba siempre. No lo he descrito todavía, pero era un perro entre gris y negro, con unas orejas muy grandes colgando y mucho pelo largo.

Como todas las amistades se acaban, el idilio entre el Chin y yo también se acabó, cuando yo tenía seis años. Un día que mi tío José, que vivía en Aguilar, el pueblo de al lado, vino a buscarlo porque se lo tenía que llevar. Yo estaba con mi abuelo Esteban, a la puerta de su casa, y aunque no lo comprendía, no me quedó más remedio que aceptar las explicaciones que mi tío y mi abuelo me dieron. El perro era de mi tío José, que nos lo había dejado. Como un camión le había matado su perra en la carretera de Teruel, necesitaba al Chin para cazar.

Corta vida para una amistad tan entrañable, y profunda lección de renuncia para mí. Después del desengaño del primer día de ayuno y el incidente con el burro, aquel fue también un triste día para mí. Como casi todas las cosas malas a lo largo de la vida, también me pasó un lunes y, como siempre, sin periódicos para narrarlo.

Mi padre como mi abuelo Esteban no eran muy amigos de curas e iglesias y nunca venían con nosotros a misa los domingos. Vamos, ni otros días al rosario. Aunque al rosario no iba ningún hombre porque casi todos estaban trabajando.

Mi abuelo Esteban y mi abuela Emilia eran muy viejos y ellos sí que estaban arrugados. Pero eran muy buenos y a mí me querían

mucho. Mi abuelo se dedicaba a hacer escobas de mimbres para barrer las puertas y los corrales que vendía por las casas o se las venían a buscar. Mi abuela limpiaba las patas de los corderos que el carnicero vendía y se quedaba la mitad para ellos. En aquella casa no había que preguntar la comida que había, todos los días patas de cordero, en el cocido, en unas judías pintas, con un poco de arroz.

Mis abuelos eran muy pobres, más que nosotros. A mi padre cuando se casó le dieron una manta de pastor, una navaja y once duros. Mi padre siempre decía en broma,

– Esa fue mi herencia.

Mi padre jugaba muy bien en el “juegopelota”. Muchos domingos por la tarde jugaban partidos de a tres y mi padre, que jugaba atrás, unas veces ganaba y otras perdía porque los contrincantes también jugaban muy bien. Pero aquello era como todo en la vida, según me decía luego él: unas veces se gana y otras se pierde.

En las fiestas del pueblo había concursos de todo. Mejor dicho campeonatos, que lo de los concursos vino después con la tele. Carrera pedestre que quería decir que corrían por caminos y senderos, pelotamano, guiñote y subastao, que eran dos juegos de cartas. Y para los chicos cucañas, carreras de sacos y muchos juegos más.

Mi padre siempre participaba en los campeonatos de pelotamano y de subastao. Pero no voy a decir que siempre ganaba, aunque yo sólo recuerde el año que trajo a casa alguna copa del juegopelota o del subastao.

Como me ha explicado después cuando ya de mayor me ha enseñado a jugar a las cartas, a veces hay que ir a ganar si se tienen cartas para ello y otras, si las cartas no acompañan, hay que jugar para no perder. Porque la suerte a lo largo de una o muchas partidas, durante tres o cuatro horas, se reparte por igual entre los contrincantes pero gana el que al final sabe aprovechar sus rachas de suerte y parar las del contrario.

Es muy importante no hacer trampas y entenderse con el compañero. Lo primero porque si te acostumbras a ellas, cuando no las puedes hacer te quedas desarmado. Y lo segundo porque hay que entender sus señas, unas veces a carta descubierta, por lo que tira o deja de tirar, y otras por pequeñas señas visuales o acústicas.

El primer día que recuerdo haber vivido una experiencia singular fue cuando cumplí los cinco años. Lo de singular no es por el aniversario, que además no era ni lunes, sino porque mi padre no iba ese día al pinar donde trabajaba y para celebrar el cumpleaños habíamos ido de merienda con mis padres, mi hermana y mi inseparable “Chin”, al segundo barranco.

Como he dicho, el pueblo está ubicado en un barranco por el que transcurre el río, apacible en verano y más bravío en invierno. Aunque desde hace muchos años, siglos, la mayor parte del pueblo ya está ubicada en una de las laderas hacia donde sale el sol. Orientadas al sur, las casas compiten, peñas arriba, por su parcela de sol invernal y estival, hasta llegar a la Torre la Cigüeña que majestuosa acogía todas las primaveras a la cigüeña que puntual nos traía los aires cálidos del Sur.

El segundo barranco estaba un buen trecho hacia la salida del sol, y por él bajaba un buen regato de agua que bastante más abajo se juntaba con el río. Después de recorrer “la madre”, unas balsas entre campos sembrados de mimbres, atraviesa el “regatillo”, que yo creía que era el nombre de la zona, pero es evidente que trata de definir el poco caudal del río, se juntaba con su hermano mayor. Como todo, tenía un nombre por lo que representaba o aparentaba, pero sin mayor misterio.

Entonces no éramos como ahora que nos empeñamos en buscarle significado a la vida y a todas las cosas, por eso no tratábamos de entender el significado de los nombres que definían todo nuestro entorno: salidero, peña mayoría, los altos, montecillo, marojal, regatillo, calvario, peñahoradá, puente el vaho (dígase vau), chorrón, plantío,

fuentes los pachanos, el cantón, el puente los cinco ojos, la umbría, la hoz .... A mí siempre me habían parecido nombres propios y resulta que eran simples descripciones de accidentes geográficos o definiciones de uso: el pilón, los tintes, el caz, fuente de los resineros, las pasaderas, la pesquera, ...

Mi padre había llenado su bota de vino y, entre todos, yo más bien poco, habíamos llevado la ropa para que mi madre la pudiese lavar en el riachuelo aquel y después extenderla en alguna pradera para que se blanquease al sol. Entonces no existía el “blanco nuclear” ni las bioencimas, y el buen sol del mes de Julio cumplía esta función a la perfección.

Después de comer y echar una buena siesta – en mi familia siempre ha sido una devoción obligada –, mientras la ropa permanecía tendida al sol, mi padre me llevó con él a dar una vuelta por las peñas para acercarnos hasta la fuente. El “Chin” iba delante de nosotros y saltaba las paredes de algunas “cerradas”, unos vallados de piedra donde los pastores recogían las ovejas antes de meterlas en las “parideras”. Mientras, mi padre y yo dábamos la vuelta buscando el portón de madera que mi padre después volvía a cerrar.

– Hay que dejar las cosas como te las encuentras – me decía, mientras yo asentía y le seguía feliz en aquella excursión tardía.

Mi padre se sabía el nombre del dueño de cada “cerrada” de aquellas y cada “paridera”.

– Se llaman parideras porque aquí traen los pastores a las ovejas a parir o para recogerlas cada noche y protegerlas de las zorras – me explicaba él.

Mi padre sabía de todo y yo tenía auténtica devoción por él: los nombres de las cosas, porqué crecían los tomates, cuanto tiempo había que esperar para que madurasen, las lumbreras que había que coger en el pinar, donde había buenas piñas, cómo coger cangrejos y truchas en el río, mil cosas.

En cuanto el Chin se separaba de nosotros y los perdíamos de vista mi padre le silbaba como hacía siempre: fiiiiiu, fiiiiiu,...y el Chin acudía.

– Vamos a la fuente y echamos un trago – me señaló mi padre hacia las peñas – Ya verás que agua más fresca.

Delante de la fuente había unas junqueras verdes y altas a cada uno de los lados que le hacían como un pasillo de honor para llegar hasta su limpio chorro como un dedo de gordo. Encima de las piedras por las que manaba el agua había unos zarzales enormes.

– Toda la vida la hemos conocido – se congratuló mi padre – Desde mucho antes de que el abuelo fuese chico ya daba el agua más fresca de todo el pueblo.

Mi padre sacó la navaja y cortó unos ramajes de las zarzas que se echaban encima de la fuente como tratando de asearla un poco para que se mantuviese según él tan bien como había estado siempre.

– ¿Quién la cuida? – le pregunté.

– Todo el mundo. Cualquiera que pasa por aquí echa un trago, les da de beber a las yuntas ahí abajo – me señaló un pocete que se formaba un par de pasos más abajo de la fuente – y los pastores que se acercan por aquí a llenar sus cantimploras, igual quitan una mala rama que recolocan una piedra que se ha movido.

A mí, la fuente, a la que sólo había ido en otra ocasión, me parecía mágica. Porque la fuente del pueblo tenía dos caños metálicos que se habían acoplado al depósito artificial de cemento y piedras que estaba detrás, pero sabíamos que venía del río desde unos cien metros más arriba. Pero ésta salía directa de la tierra por entre unas piedras entre las que se había puesto una simple teja de algún pajar que con el paso de los años estaba más verdosa que colorada. Pero es que detrás sólo estaba la ladera y al final las peñas del barranco.

Era mágica. No porque se le supusiesen curaciones milagrosas ni poderes sobrenaturales, sino por su constancia y la veneración que todos le teníamos en el pueblo.

Mis abuelos habían regentado el horno del pueblo durante muchos años. Por eso a mi padre le había tocado con poco más de diez años, ir al monte a buscar aliagas y cambrones – retamas que hacen llama fácil –, para calentar y atizar el horno.

El horno que ellos habían tenido no era como la tahona que en mis tiempos ya tenía el Chicucho en los tintes que hacía el pan y los bollos para después venderlos a todo el pueblo.

En tiempos de mis abuelos la gente amasaba su propio pan en las casas – todo el mundo tenía su artesa de amasar –, y después lo llevaban a cocer al horno de mis abuelos por un tanto al mes. Como se puede entender, ello no les había permitido hacerse ricos, ni siquiera subsistir. Y cuando ya se hicieron viejos vivían con lo de los patutes – patas de cordero –, lo que cogía mi abuelo en un huerto que tenía en el Chorrón y lo de las escobas.

Mi abuelo renqueaba un poco al andar, no por ninguna deficiencia sino por los muchos años.

– Lo que pasa es que he soportado mucho plomo en las alas y, por ello, las antiguas heridas hacen que a veces me mueva con dificultad – él siempre me recordaba – Los años – dijo con autosuficiencia – lastran las alas y las cubren de caparazones anquilosados.

Yo lo miré y vi que una lágrima asomó en sus ojos. Él también había sido un joven altivo, elegante, pulcro, veloz; y había despreciado a los viejos con que se había encontrado a lo largo de su larga vida.

– Los años lastran tus alas hasta una cierta edad –dijo pensativo – Pero después puedes desprenderte de esos caparazones, como capas de cebolla, si sabes entender las Leyes de la Vida.

– ¡La juventud lo puede todo!

– Eso creía yo a tu edad. Pero la vida te enseña que hay muchas normas, diferentes para cada edad. Hace falta entenderlas todas para saber desprenderse de lo superfluo que te atenaza y poder avanzar con libertad.

– Entonces, tú eres sabio, ¿no?

– Nunca se llega a ser sabio – continuó pausado – Existen muchas reglas que, además, cambian con facilidad. Cuando dominas algunas, te las cambian y las tienes que volver aprender.

– ¿Quiénes cambian las reglas?

– Los que las hacen – respondió muy seguro – Pero lo importante son las Leyes Universales. Si llegas a entenderlos y a vivir conforme a ellos, eres libre y todo el Universo juega a tu favor – sentenció.

Yo permanecí en silencio esperando que continuase con su explicación.

– La primera Ley Universal que gobierna nuestras vidas es la del Viento – enunció pomposo mientras describía con su ala un círculo alrededor, señalando el aire que en su inmensidad todo lo envuelve – Permite volar y podemos respirar el aire – concluyó – Sin el aire y sus inmensas ventajas, no tendría sentido la existencia de todos los seres vivos – puntualizó – Todos vivimos del aire. El aire sustenta nuestra vida.

Tratando de interiorizar aquello me atreví a preguntar por la segunda ley que me inquietaba desde que había desgranado el anterior.

– La segunda Ley es la del Sueño – dijo rotundo aunque perezoso – Nos permite descansar y anticipar nuestro futuro.

– Anticipar nuestro futuro – mascullaba yo sin entender nada – Pero el futuro soñado no siempre se cumple.

– Porque no sabemos interpretar nuestros sueños para perseguirlos y hacerlos realidad.

Yo seguía absorto esta explicación y aventuré:

– Los sueños funcionan libremente y se muestran de manera muy inconexa. Yo creo que son una mezcla de nuestras vivencias recientes y pasadas que se mezclan de manera desordenada.

– Pero tienen una ventaja sobre nuestros pensamientos y cavilaciones – mi abuelo sonreía enigmático – Se muestran sin la acción constrictora de nuestra voluntad. Las vivencias fluyen con libertad y se mezclan de manera creativa, como se mezclan las cosas que nos pasan en la vida.

Mi abuelo sonreía al ver mi atención expectante, por lo que decidió continuar con su enumeración de las Leyes Universales.

– La Ley del Calor es la tercera – anunció solemne – Nos permite mantener nuestro cuerpo a una temperatura saludable y que las cosas crezcan y maduren. La Ley del Calor y el Frío – quiso puntualizar.

– La Ley del Agua – continuó sin pausa – Nos permite mantener nuestro organismo hidratado.

Yo seguía alucinado por la sencillez y obviedad de las reglas expuestas y por la universalidad de las mismas. La mayoría de ellos él los incorporaba sin pensar en su importancia.

– La quinta Ley – interrumpió mis pensamientos – es la de la Sal. Los alimentos tienen las sales y minerales que necesitamos para el equilibrio de nuestro cuerpo.

– La naturaleza es muy sabia – acepté sus tesis sin rechistar esperando que continuase.

– La Ley de las Deposiciones – continuó al ver que entendía sus explicaciones – Renueva diariamente nuestro organismo.



– Realmente tú sí que eres Sabio, con mayúsculas – dije admirado por la coherencia y sensatez de todo lo que me decía.

Todo guardaba una cierta armonía. Todo formaba un conjunto con los elementos que eran necesarios para la vida. Todos ellos actuaban armonizando la vida, manteniendo un equilibrio con el resto de la naturaleza. Como casi todo en la vida es un esquema circular. Las fuentes de energía actúan como motores y, en consecuencia, producen unos deshechos que a su vez son nuevas fuentes de energía. La naturaleza no produce residuos porque no tiene donde almacenarlos

Yo asentía ante estos pensamientos. Nunca lo había pensado así, pero era de una evidencia aplastante. Mientras, él sonreía de una manera que demostraba su disfrute por esta conversación tan aleccionadora para mí.

– ¿Y la séptima? – pregunté expectante – ¿También la séptima es una Ley material? Porque hasta ahora todas son cuestiones físicas que buscan el equilibrio del cuerpo. También habrá cuestiones del alma.

– Todas se concentran en una: la Ley de la Alegría – sentenció complacido.

Yo tragaba saliva mientras pretendía interiorizar todo lo que aquella corta sentencia escondía. Era de gran calado y, ante su aparente simplicidad, escondía un profundo significado.

– ¿Y qué pasa con el respeto a los demás, el dar y recibir, ayudar al prójimo, el respeto al medio ambiente, .....– quería demostrar que era un chico aplicado en la escuela – Puedes ser egoísta, insensible con los demás, tirano, rencoroso,...y estar muy ale....

– Si eres todo o parte de todo eso – me interrumpió –¿Puedes tener verdadera Alegría? – decía esta palabra de manera que sonaba con mayúsculas.

– Realmente eres sabio, abuelo – exclamé admirado por la respuesta que de nuevo se presentaba demoledora por su obviedad – Voy a seguir tus consejos y tu experiencia será mi guía.

Él movía la cabeza hacia los lados y, aunque no decía nada, sonreía ante mi candidez.

– Cada uno tiene que vivir su propia vida y cometer sus propios errores – demostraba con sus palabras el cariño que estaba cogiendo a su nuevo amigo – No es posible aprender de la experiencia de los demás.

– Si tú has seguido estas Leyes, habrás tenido una existencia feliz y armoniosa, ¿no? – no podía dejar de traslucir mi admiración por él.

– Todo lo contrario – contestó con un deje de tristeza en su cara – Me costó media vida entender la importancia de estas Leyes. Sólo cuando el plomo que llevaba en mis alas casi no me permitía volar, empecé a comprender estas leyes y a seguirlas.

– Mi vida ha sido larga y llena de errores. Aunque ahora pueda contarlo con tanta tranquilidad. Pero mi vida no interesa a nadie y menos a un chico joven como tú que tiene todo a su favor.

– Eso creía yo – me mostraba pensativo – Pero ahora me doy cuenta de que tengo mucho que aprender y me gustaría que me contases más cosas otro día.

– Ya hablaremos – se despidió iniciando su camino pausado en que conseguía los mejores resultados con los menores esfuerzos. Era lo que le había oído otras veces decir y ahora lograba entender: “hacer sin hacer”

### ***Mis amigos***

Me parece que me estoy viendo mi primer día de catequesis, entre aquellos otros críos de cuatro años como yo. Todos menos uno con el pelo rapado al cero por detrás, un flequillo en línea por delante y las orejas desabrochadas. Las chicas con sus trenzas y sus vestiditos blancos, ya que no se había inventado el tergal de colores. El blanco era más sucio, pero el jabón de sosa y la lejía siempre podían remediar cualquier estropicio.

Allí me presentaron al que después siempre sería mi amigo, César. Por suerte ninguno de los dos sabíamos la faena que le había hecho con el nombre. Porque ya se sabe que en aquellos años las madres nos ahorran todo este tipo de sufrimientos y traumas. Más que nada porque entonces no había psicólogos para distraumatizarnos.

Ni falta que nos hacían, hubiera dicho el cura al que ya conocía de las veces que había ido a misa o al rosario con mi madre. Él era más partidario de las buenas razones que de los consejos, por eso siempre decía, cuando se dirigía a los mayores a los que tenía que encauzar por buen camino,

– Más vale un capón a tiempo que cien consejos – mientras les amenazaba con la mano en alto.

Es que el cura era muy redicho y muy amigo de ejemplos y metáforas.

Después, a lo largo de los años de catequesis, rosarios, misas y demás oficios que me ha tocado soportar, he ido entendiendo esta manera de hablar de los curas. Ellos siguen el ejemplo de las Sagradas Escrituras que fueron escritas para que se las contaran en los tiempos de los romanos a gentes incultas.

En los tiempos de Cristo “no leía ni dios”, con perdón. Y los pocos que sabían leer o lo parecían, ya que los demás no se enteraban, les tenían que explicar a los demás la religión y los misterios con cuentos, con historias. Con metáforas, como he dicho antes. A los aldeanos como nosotros nos lo explicaban igual. Y a los demás cristianos, aunque fuesen de ciudad, también.

Las parábolas, los milagros, la anunciación, el bautismo, Judas Iscariote. Cómo no iba a traicionar a Jesús con ese nombre que ya sonaba a presidiario. A todos los demás les habían puesto nombre de santo, San Juan, San Pedro, San....Al que también le apearon el tratamiento fue a Santiago. A secas.

Recuerdo yo una vez, ya con nueve años, que dándole vueltas al tema pensé que se debía llamar sólo “Iago” y que le habían juntado el “Sant”: Sant Iago. Así le conté mis elucubraciones al cura, Don Julián, el de los consejos. Pero él me mandó callar,

– No digas tonterías – levantó la mano alarmado – Santiago es Santiago y siempre se ha llamado así.

Yo me tuve que callar y conformar, aunque después, con los años, pude comprobar que tenía razón.

Entonces yo creía que Don Julián era el más listo del pueblo. Y realmente lo debía ser, pues no trabajaba en los campos o en la fábrica de harinas como los demás hombres del pueblo. Y, sin embargo, fumaba, bebía y jugaba al “subastao” como todos ellos.

Ahora, visto desde otra perspectiva, creo que no era tan listo. Destacaba sobre los labriegos y pastores que tenía que cristianizar – para eso había estudiado latín y con él decía la misa y los oficios–, pero creo que sabía lo justo para hacerse respetar. Y lo que no sabía se lo inventaba o lo justificaba con un latinajo.

– Humus eres, humus reverteres – De la tierra vienes y a la tierra volverás.

Aunque él lo decía de una manera más amenazadora,

– Polvo eres y en polvo te convertirás.

Todas las mujeres – los hombres durante el sermón se salían a la puerta de la iglesia para echar un cigarro –, se sobrecogían.

Durante la misa levantaba los brazos y decía,

– Ecce homo.

Todos de nuevo a temblar.

Mi madre siempre me decía, vas hecho un “ecce homo” y yo no sabía qué significaba, pero pensaba que debía ser algo tremendo. Lo de “vas hecho un adán” no sonaba tan tremebundo.

Mi amigo César era un buen mozo, bien templado, y con un par de orejas de consideración. Al reparto de nombres llegó tarde el tío, pero al de orejas, se me adelantó. Vaya par de orejas. Encima las llevaba, como todos, desabrochadas. Aunque se llevaba la palma en lo de las orejas Patricio, uno un poco mayor que estaba en la fila de atrás.

Por eso los chicos maliciosos le cantábamos,

– ¿Qué es viento? Viento son las orejas del Patricio en movimiento.

Los pequeños enseguida nos aprendimos esta canción, mientras que las enseñanzas y consejos de Don Julián nos costaban algo más.

Menos mal que los curas de entonces eran pacientes con sus enseñanzas. Yo creo que les gustaba que la gente y los chicos tuviésemos dificultad para aprender sus latinajos, porque les hacía sentirse superiores. Ellos no eran dioses, pero hablaban con él y como él, o lo querían parecer.

Lo que no soportaban es que les andases con preguntas inoportunas que cuestionasen sus afirmaciones. Ellos explicaban todo lo que querían, como querían. Cuando les interesaba decían que eso era un misterio y sólo se podía entender “con los ojos de la fe”. Que nunca he sabido muy bien donde están.

Lo de hombre y dios a la vez, lo de la cruz y el calvario, lo de que un dios sufriera tanto, la multiplicación de los panes y los peces, la bodas

de Caná,.....Y el no va más era el Misterio de la Santísima Trinidad: Uno y trino a la vez. Una persona, pero en tres personas, y un solo Dios! Tremendo.

Recuerdo esta primera catequesis en que estábamos todos en primera fila sentados en un banco pequeño. A mi lado César, después en el centro, Vicen, el de la tienda, Francis, Faustino y al final el “Perdi”. A este le llamaban así en su casa, los chapiques, porque era pequeñote y le decían perdigacho.

Quiero destacar la presencia, en medio de todos, de Vicen, el de la tienda del Señor Justo que también era el alcalde del pueblo. Al tío se le notaba un porte diferente a los demás. Limpio, igual que todos. Pero él llevaba unos pantalones a su medida, no como los nuestros que eran apañados y crecederos. Y lo que es más importante, Vicen iba peinado hacia atrás y con “tupé”. Todos estábamos como encogidos, arrugados, escondidos detrás del flequillo, y él estaba estirado y tieso como un marinerito.

Rememoro esta escena que muchas veces mi madre me ha recordado y me parece un ensayo para la foto de la primera comunión. Que de eso sí me acuerdo y, además, tengo una foto. Vicen iba con su traje de marinerito y había mejorado su porte, aunque mantenía su “tupé”. Los demás seguíamos arrugados, con pantalones largos crecederos y seguíamos con el cero y el flequillo. No es que no nos gustase lo del “tupé”, sino que nuestro peinado, aparte de práctico, “to’palante” era más económico.

El Casado – era su apellido y su condición matrimonial –, esquilaba ovejas y burros de cuatro patas por las mañanas y “burros” de dos patas como nosotros por las tardes. Llegábamos y le decíamos,

– Que ha dicho mi madre que me eches el cero.

Él nos tenía que enseñar la maquinilla,

– ¿Ves, lleva dos ceros?– nos enseñaba los dos aros redondos que llevaba la maquinilla en la parte central.

Esto nos tranquilizaba y después a nuestra madre cuando volvíamos con nuestro flequillo renovado, las ideas al aire, y las orejas sin abrochar. Luego en los inviernos decían que nos salían sabañones en las orejas. ¿Cómo no nos iban a salir con semejante desprotección?

Lo bueno del corte de pelo era que cuando llegaba mi padre por la noche de trabajar se admiraba de mi nuevo repelado, pero sólo decía que me habían rapado. Después me llevaba a su armario ropero, sacaba una botella de cazalla, se echaba unas gotas en la mano y me las restregaba por el cogote,

- Para que no tengas frío – me decía, mientras él aprovechaba y se echaba un buen trago.

Yo creo que él salía ganando con el pelado. Lo de las friegas era una excusa para su trago, aunque a mí me parecía un hecho de hombría que se pegase esos tragos. Yo había ido alguna vez a ver la botella aquella y cuando la había probado, por poco se me salen los ojos de las órbitas. Cómo quemaba la boca y la garganta.

En la iglesia, cada vez que mirábamos hacia atrás para ver a nuestra madre, ella nos hacía señas con la mano para que mirásemos hacia delante y asistiésemos a Don Julián. En la catequesis, una reunión de los chicos y chicas, nuevos y mayores, que habíamos hecho antes del rosario, el cura nos había explicado ya la primera parábola. Lo de Adán y Eva que ya era un buen tema para empezar. Lo de las Epístolas – a mí siempre me sonó como algo mágico, sagrado, tremendo, resulta que sólo significaba “cartas” –, lo dejaban, junto con los Evangelios, para más adelante y para ceremonias más solemnes, como la Misa.

Doña Sofía era nuestra maestra de párvulos – empezábamos con ella a los cuatro años –, y era una maestra especial con la que soñaría cualquier niño para empezar la escuela. Además, en aquellos tiempos ni llorábamos ni nada nuestro primer día de escuela. Allí las lágrimas las reservábamos para cosas más serias.

Estábamos deseando cumplir los cuatro años para que nos mandasen a la escuela. No era como ahora que los llevan. Nos soltaba nuestra madre a la puerta de casa con la cartera, la taza con el azúcar para la leche en polvo y el “babi” nuevo. Así le llamaba mi madre a la bata, sin saber que quería decir: baby, niño. Ni yo tampoco.

Mi padre sobre estas cosas de mujeres o escuelas no opinaba ni las refrendaba con ningún refrán. Sólo había intervenido en mandarme al barbero, el Casado, con el recado de siempre, que me echaran el cero, aunque esta vez él, precavido, había añadido,

– Que te corte bien el flequillo, para que veas bien las letras.

Los comentarios de mi padre y su intención en las cosas siempre eran así de acertados. Si al volver del barbero mi madre se quejaba que el Casado me había dejado algún trasquilón detrás de la oreja, él soltaba una sentencia de las suyas que me tranquilizaba,

– Burro mal esquilado, a los cuatro días igualado”.

Ya digo, que el tío sabía de todo. Él sólo había ido dos o tres años a la escuela, pero sabía leer, escribir y las cuatro reglas aritméticas. Además tenía una letra clara, bonita, entrelazada. Yo me maravillaba cuando veía una carta suya, y no sabía si yo llegaría a escribir como él.

Con Doña Sofía aprendíamos en dos años también a leer, escribir y las cuatro reglas. Incluso ya empezábamos, antes de pasar a los seis años a la escuela de los mayores, a hacer algunos problemas.

A mí el que más me gustaba era el de la vaca que daba diez litros de leche al día. En el pueblo sólo el Bautista tenía vacas y las ordeñaba para vender la leche. Pero la mayoría teníamos nuestra cabra que, aunque no daba diez litros al día, con un par de litros nos hacía el apaño para toda la familia.

Daba gusto cómo explicaba las cosas Doña Sofía, con claridad, con ejemplos. Hacíamos las cuentas con pitas de cereza o de ciruela. Nos enseñaba a recortar papeles del ABC o el Arriba que eran los dos periódicos que llegaban al Casino cada tarde con el correo, el coche de



línea. Después del café y la copa se entretenían en leerlo el veterinario, el cura y el secretario del ayuntamiento que eran los que no trabajaban en los campos porque eran gente de estudios y no tenían que ganarse el pan con el sudor de su frente, como decía el cura que le había dicho “Dios” a Adan y Eva en el Paraíso Terrenal.

Yo siempre me imaginaba el Paraíso Terrenal, cuando nos lo describía el cura o Doña Sofía, como una finca muy grande, como un vergel, con mil árboles frutales, fuentes, ríos y un gran cartel en la puerta, tipo La Ponderosa de Bonanza. Que nosotros también teníamos nuestra culturilla televisiva de la que escribiré un poco más adelante. El cartel en madera ponía en grandes letras: El Paraíso Terrenal. Vamos, que debía dar gusto vivir allí.

Por eso no me extrañaba que nuestro pueblo fuese tan bonito y tuviese de todo si se había hecho, como decía el señor cura, con lo que había sobrado del Paraíso Terrenal, aunque yo creo que era una metáfora de las suyas.

Cuando “Dios” los echó por el lío de la manzana – yo creo que eso de la manzana debería ser algún símil, no una simple manzana –, les dijo lo del “sudor de tu frente”. Tremendo. Y si fue cosa de manzanas, sería que se dieron un atracón. Por una no iba a ser. Como nosotros, los chicos, cuando robábamos unas cuantas en el huerto del veterinario.

Ellos, el cura que conformaba a los pueblerinos y a los otros, de carrera, decía mi padre, que se ganaban el pan con el “sudor del de enfrente”. Ya digo, sabía de todo.

Con los periódicos viejos del Casino hacíamos en la escuela recortables, despleables, imágenes, monigotes, mil cosas. Y además aprendíamos en cantidad.

Los amigos de mis padres y mis tíos eran todos muy majos, pero todos eran de la parte del “sudor de tu frente”.

Además estaba lo del Cola-Cao, el patinete, el tupé, la peseta de propina de los domingos que para otros chicos ya era de un duro, y además los Reyes Magos.

El Señor Justo, además de ser alcalde era el representante de los Reyes Magos en nuestro paraíso particular pues unos días antes de repartir los juguetes, los tenían expuestos en su tienda para que pudiésemos verlos y escoger a gusto. Aunque no sé porqué, siempre les llevaban a otros los mejores juguetes.

A mi me gustaba la bicicleta y el patinete y a mi hermana las muñecas más bonitas. Pero mi madre, más perspicaz, siempre acertaba con lo que después nos dejaban los Reyes Magos en casa.

– Mira aquel camión pequeño que majo es – me decía ella – Con ruedas y todo.

Mi camión pequeño cargado de cacahuets y los calcetines que me echaban a mí, no estaban mal, pero no era lo mismo que el patinete y la bicicleta que días después lucían otros más afortunados.

Otro de los agravios comparativos, por lo menos a mí me lo parecía así, era la merienda de las tardes que no había escuela. Llegaba yo a casa de jugar y mi madre me decía,

– Coge un poco de pan con chocolate – mientras ella estaba con las vecinas al sol haciendo punto.

Cuando bajaba a la plaza a jugar me encontraba con César que llevaba unos bocadillos de mejillones que chorreaban aceite rojizo que se me hacía la boca agua. Yo le quité el nombre por adelantarme un día, pero él se vengaba entonces, de una manera inconsciente, con los bocadillos de mejillones. Como su madre también tenía tienda, le daba estos manjares para merendar que yo sólo los había visto y catado algunas veces que mi padre me había invitado a los vermús del Casino.

Con César siempre tuvimos una relación fluida y siempre participamos juntos en todos los acontecimientos propios de la edad. La primera catequesis, la primera comunión con una foto histórica que

nos immortalizó. La primera foto escolar oficial en que venía un fotógrafo de la capital y, con un lienzo colorista de fondo y un libro en las manos, nos retrataba. Como siempre, con el pelo al cero, el flequillo delator y las orejas desabrochadas.

Con Doña Sofía aprendíamos también muchas canciones para cantárselas a la Virgen en el mes de Mayo, el mes de las flores: “con flores a porfííia, que madre nueeeestra es”. Yo no entendía lo de “porfia” que me parecía una rima forzada que metió el cura que la inventó. Luego, nosotros, ahí, como tontos a cantarla. Aunque yo creo que nos gustaba porque, después de todos lo latinajos que nos metía el señor cura, ya estaba bien que nosotros metiéramos algún sobrentendido.

Además de la escuela y los amigos de todo el pueblo yo tenía la suerte de tener en mi barrio un amigo mayor Basilio, aunque todos lo llamábamos Basi, el hijo de la tía Esperanza. Con él pasaba muchas tardes y lo acompañaba a todos los recados que le mandaban en su casa. Basi, como su padre y su hermano, era albañil, y a veces los ayudaba en las obras de las casas que construían, pero después tenía que ir a echarles de comer a las gallinas y los conejos a un pajar que tenían a las afueras del pueblo, salidero adelante, a por agua al río con el burro o a por leña al marojal. Y si yo estaba por el barrio me llevaba con él.

Tenía nueve años más que yo y era una suerte que fuese mi amigo porque Basi sabía también de todo, no tanto como, mi padre, pero casi.

La verdad que toda su familia era muy especial y me quería mucho. Además de la tía Esperanza que me daba a veces de merendar, su padre el tío Adrián, siempre estaba de guasa conmigo, cuando salía a la puerta de su casa a echarse un cigarro de Cuarterón que liaba él mismo, como mi padre. Yo veía que tenía las manos como las suyas, grandes y fuertes de tanto trabajar, pero el tío contaba los dedos de una manera que siempre le salían once.

Con Basi nos íbamos algunas tardes también a buscar nidos a los barrancos y cogía pajarillos que después cuidaba en una jaula que él mismo había hecho con unas maderas y unos alambres.

Pero la alegría de aquella casa y todo el barrio era cuando sus hermanas que estaban en la capital sirviendo venían a la fiesta de Octubre. Las tres eran muy guapas, como mi hermana Nuri y traían unos vestidos muy bonitos. Mi hermana Nuri no tenía vestidos tan bonitos para todo el año, pero en las fiestas también le traía alguno una tía nuestra de verdad, Victoria, que la salvaba de ir como una cateta junto a sus amigas llegadas de la capital.

Mi hermana también era muy guapa, aunque era como las demás chicas del pueblo, un poco paleta. Con ellas hacía una vida insustancial entre la escuela de las mayores y las cosas de casa, y sólo intervenía en mi vida en ese papel de hermana mayor y a veces madre, lo que yo no siempre aceptaba de buen grado y por ello sufría mis persecuciones armado con la mejor escoba de la casa.

La más guapa de las tres hermanas de Basi, era Irene. Sólo tenía un par de años más que él y tenía un pelo rubio precioso y una sonrisa de ángel encantadora. Cuando sonreía se le iluminaba la cara y parecía una de las actrices americanas que veíamos en las películas de la televisión.

Yo era un chico muy afortunado por los padres, la hermana y los abuelos que me había tocado, pero con los amigos también había tenido muy buena suerte. En la escuela y en los juegos tenía a César y Vicen, y en el barrio a Basi. Ellos eran los más íntimos, y luego estaban todos los demás del pueblo.

Un pueblo maravilloso y muy auténtico que podía ser la envidia de muchos: ecológico, reciclable, limpio, aireado, no contaminante, lleno de vida e ilustrado. Además teníamos escuelas, cine, novenas, misas, procesiones y, en el año sesenta, televisión.

Un paraíso particular que disfrutábamos todos.

### ***La vida social***

Nuestra vida social era muy intensa. Además de la catequesis y de la escuela de párvulos, teníamos cine y, en unos años, televisión.

Fueron los años del "baby boom" de mi pueblo ya que fueron dos o tres años en que nacimos bastantes chicos y chicas. Ya hacía quince o dieciséis años que había terminado la guerra y, aunque nos criábamos con muchas escaseces – fríete un huevo y le dejas a tu hermano –, no eran los años primeros de posguerra en que pasaron "más hambre, que un gato ciego" que decía mi padre.

Nosotros ya nos criamos con la leche en polvo y el queso americano que nos daban cuando íbamos a la escuela, a los cuatro años. Nosotros llevábamos de casa una taza con azúcar, y en la escuela hacían la leche en una perola enorme con unos polvos, como harina, que sacaban de un saco muy grande de papel marrón.

Aquí había otro motivo de comparación y en mi caso de envidia. Los menos pobres llevaban azúcar revuelta con Cola-Cao. En aquellos tiempos no había ricos aunque así le llamábamos a Vicen y alguno más, como el hijo del secretario de la fábrica de harinas, que hasta tenía el patinete de los Reyes Magos, pero algunos llevaban sus buenas tazas de Cola-Cao.

Los que llevábamos la leche con azúcar a secas, que encima nos tocaba con grumos mal desechos, trasegábamos aquello como podíamos. Además, el azúcar escaseaba en mi casa y la ración no era muy abundante.

Por la tarde llevábamos una rebanada de pan de casa y la maestra, Doña Sofia armada de una cuchara, iba sacando rebanadas de queso amarillo de una lata de nueve o diez kilos. El queso no estaba tan mal. Estaba bueno, pero siempre me ha traído a mí recuerdos poco agradables y nunca ha sido un queso de mi devoción.

Doña Sofía no nos daba muchas explicaciones sobre la aportación extra de calcio que tomábamos cada día, con la leche y el queso que nos mandaban en unas cajas metálicas que ponía en inglés:

**AUTHORIZED PRODUCT OF CHEDDAR CHEESE DONATED BY  
THE PEOPLE OF THE UNITED STATES OF AMERICA**

**NOT TO BE SOLD OR EXCHANGED**

Nosotros ni idea de lo que decía la lata, porque iba en inglés, ininteligible para nosotros, y por ello se convertía en algo místico, casi sagrado, que había que venerar aunque no nos gustase. Pero sabíamos por el Ayuntamiento que lo enviaban los americanos.

“Americanos”, qué palabra. Para nosotros que todavía no habíamos estudiado geografía universal, ni siquiera la del mapa de España que había colgado en la pared, sólo eran los soldados de las películas de Rin Tin Tin. O los vaqueros de Bonanza.

O los indios. Aunque estos siempre eran los malos. Nuestro preferido era “Toro sentado”, de nombre propio Seating Bull que aparecía en una colección de cromos junto a Caballo Loco. Los indios serían malos pero sabían ponerles nombre a sus jefes. Aunque el General Custer y su 7º de Caballería tampoco estaban mal.

América estaba para nosotros en la parte de atrás de la sábana que hacía de pantalla en el cine del pueblo. Nada que ver con algún mapa como el de la escuela. Sólo los chicos mayores decían que eso estaba en el “mapamundi” – todo junto –. Con lo que los pequeños no teníamos ni idea ni nos preocupaba mucho. Nosotros aplicados con devoción a la leche en polvo y al queso de lata que era lo que nos habían recomendado. No sabíamos que estábamos rompiendo nuestra dieta castellana de aceite, verduras, legumbres, leche y derivados de cabra y oveja. “A buen hambre, no hay pan duro” que decía mi padre.

Don Anselmo y Doña Sofía formaban parte de las fuerzas vivas de mi pueblo – ala ilustrada – pero no eran ningún poder fáctico. Eran una familia más que vivían de sus sueldos de maestros con los que mantenían a sus dos hijos, compañeros nuestros de pupitres en la escuela de párvulos hasta los seis años. Después, Marilín que era de mi edad se fue a la escuela de las chicas mayores y Carlitos que era dos años menor cambió a su debido tiempo a la escuela de su padre, Don Anselmo.

A pesar de todo, yo alucinaba con los americanos por cómo se cargaban a los indios y lo rápido que sacaban el revolver los vaqueros. Además, no llevaban gorra, como nosotros. Ellos llevaban unos sombreros tejanos de impresión.

Nunca he estudiado el origen de tan singular prenda, la gorra, pero ya tuvo mala baba el que la inventó. Calada hasta las cejas que parecía que nos empujaba hacia abajo y no nos dejaba entrar la luz. Espiritual, quiero decir.

Otro de los productos invasivos que nos empezaban a acechar eran los “Nitratos de Chile”, materializados en una placa metálica redonda que había clavada en una de las paredes del “cantón”. Otro ilustre cruce de calles del pueblo que se llamaba y se llama así por la gran piedra o mojón que hay en él. En la placa de los Nitratos de Chile había un caballero, una especie de picador con sombrero de acero que a mí siempre me pareció algo mítico, caballeresco, novelesco.

Al final ha resultado que sólo eran abonos artificiales para los campos aunque nada como la natural “caca” de cerdo, cabras y demás animales de carga que teníamos entonces y con lo que abonaban los paisanos los huertos. En eso salíamos ganando, ya que el nitrato sólo se utilizaba para los campos de cereales y patatas que después se vendían a los tratantes y a los recaudadores de Abastos – recaudadores del Estado–. Pero nuestros huertos, de donde sacábamos las hortalizas y los tomates para consumo casero, con caca de la buena.

A mí me alucinaba lo que aprendían en la escuela de los mayores con Don Anselmo.

Recuerdo un día que los chicos de aquella escuela habían tenido la tarde libre y estaban en el juegopelota echando un partido de fútbol, porque hacían aquella tarde el examen para el Certificado de Estudios Primarios que para todos nosotros era una meta. Algunos que salían del examen comentaban que les habían preguntado la regla de tres y la ley de la palanca. Acojonado. Cayéndoseme la baba. Lo que sabían aquellos tíos.

La regla de tres, según había oído, era un método infalible para resolver todos los problemas. No sólo los que hacíamos nosotros de la vaca que daba diez litros de leche al día, sino cualquier problema.

La Ley de la Palanca – con mayúsculas –, ya era el no va más. Además, Mariano que acababa de salir del examen – después estudió para Aparejador en Sevilla –, se la decía a otro de carrerilla para que viera cómo se la había sabido: “Potencia por su brazo es igual a resistencia por el suyo”

Aquello si que era meterse en materias importantes y prácticas y no lo que hacíamos nosotros con los huesos de cerezas. Además Mariano se explayaba explicándole al otro cómo lo había aplicado al caso de una carretilla y al caso de una polea. Alucionado. Lo que había que saber para sacar el Certificado.

Aquello eran leyes prácticas que hasta los más cazurros de mi pueblo usaban a diario con maestría. En las obras de las casas, en el campo, al cargar un carro,.....

“Dame un punto de apoyo y levantaré la tierra. Arquímedes” recitaba después Mariano.

También le había oído decir algo de que: “la energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado”, pero eso ya era una jodienda que a nosotros no nos servía. Lo más rápido que teníamos en



el pueblo era el coche del Chicucho – el panadero –, con el que iban cada semana él y su cuñado el Requeté a buscar la película para el cine.

La visita del Inspector Provincial cada año era un acontecimiento para el pueblo. Al llegar a la escuela cantábamos el “caralsol para recibirlo y después quedaba maravillado de cómo respondíamos a sus preguntas. Aunque él, al final, siempre nos hacía alguna observación – para justificarse ante la maestra –, antes de irse a la escuela de los chicos mayores, que llevaba Don Alselmo, el marido de Doña Sofía. Y después a la escuela de las chicas mayores que llevaba Doña Modesta, mujer del Chicucho.

Después siempre tenía una gran comida con las fuerzas vivas del pueblo: el alcalde, el secretario, el cura, el veterinario y demás gente de carrera. Los demás, decía mi padre, éramos fuerzas casi muertas. Vamos, los del “sudor de la frente”

Yo no entendía mucho de todas estas cosas pero me parecía que en aquel decorado de cartón piedra que era la vida de mi pueblo – aunque fuese como el Paraíso Terrenal –, nos había tocado el peor papel aunque fuésemos felices y disfrutásemos de todo lo que la naturaleza nos daba o nosotros le robábamos.

Además, teníamos nuestro cine y en unos años nuestra televisión. Mejor dicho, dos. La del Casino y la del salón de cine a la que íbamos los chicos los domingos por la tarde después del rosario.

Por eso no nos perdimos nada del cine y la televisión cultural de aquellos años: el gordo y el flaco, Bonanza, Rin Tin Tin, la casa de Pepito, la perrita Marilín. Se llamaba como la hija del maestro y doña Sofía, y era guapa, como la madre, pero en rubio. En el cine veíamos emocionados las películas de Marisol, pero nosotros también teníamos nuestra Marisol local, Marilín.

A la televisión del Casino sólo iban los mayores a ver el “parte” – noticiario de entonces –, y los domingos por la noche la “película de los domingos”. Todo un lujo. Nosotros allí en el pueblo más humilde y feliz

de toda la Alcarria, ¿qué digo?, de toda Castilla pero viendo lo mismo que en cualquier otra capital.

Entonces nos parecía que era un detalle de progreso porque no éramos conscientes que era una gran ventana que se nos abría hacia el infierno.

La primera era muy pequeña, la carretera por la que siempre habían entrado todas las cosas y gentes que venían de la civilización, desde la capital. La segunda había sido la radio que desde ya hacía muchos años nos había acompañado muchas tardes y noches llenando los escasos huecos que nuestra actividad permanente nos dejaba. Por ello había sido una ventana amiga y cordial que nos había complementado, como había hecho el cine.

Pero la tercera, la televisión, se había presentado amenazadora llegando por el cielo y con ello había reducido un poco la inmensa puerta por la que veíamos el cielo estrellado y el que nos prometía el señor cura.

Cuando volvíamos del Casino pasábamos por la puerta de mis abuelos que no les tocaba nada del queso y la leche en polvo. Ellos se habían criado en otros tiempos con muchas más penurias y escaseces, pero lo poco que habían comido había sido natural, del campo. Mi abuelo, cuando le contábamos lo de la leche ni se lo creía.

– Vaya leche fresca – decía – A saber cuando y donde la habrán ordeñado – añadía.

Como para explicarle a él lo de la liofilización o lo de la desecación. Aunque él bien que desecaba las setas que cogía en otoño para tener después en el invierno. Que muchos días alegraban un plato de arroz con patues, o unas judías pintas.

Mi abuela hacía colchas y mantas con trozos de telas viejas que unía hasta conseguir la medida que quería. Después las utilizaba como manta de la estufa o para una siesta, y alguna que nos dio a nosotros y a sus otras dos hijas, mis tías. Como todas las abuelas se pasaban la

tarde a la puerta de la casa haciendo lana con el ovillo y después hacía calcetines y bufandas con ella.

Lo más sorprendente de mi abuela era su postre habitual: media cebolla con una rebanada de pan.

Mi drama infantil era tener que bajar cada tarde hasta la fuente del pueblo, en el plantío, a llenar la botija de agua. Cuando salíamos de la escuela, llegaba a casa y con una rebanada de pan y una onza de chocolate en la mano, tenía que bajar malhumorado hasta la fuente para llenar al botija que era la ración de agua que gastábamos cada día para el consumo familiar. Mi padre se encargaba con el burro de acarrear cada semana ocho cántaros de agua, en dos viajes, para comidas y lavados.

Hay que señalar que la fuente del pueblo estaba en el Plantío, en lo más bajo de todo el pueblo; y mi casa estaba en el Salidero, casi la última casa del pueblo.

Yo era que yo era bastante dicharachero, salía a mi padre y sus refranes, y en cada casa me encontraba gente, tomando el fresco a la puerta, que me pedía un trago, con lo que la botija llegó a casa ya media, con tan mala suerte que mi padre al verme llegar y tratar de echar un trago, notó que iba a medias y me hizo volver a la fuente a llenarla otra vez.

Entonces comprendí de golpe la injusticia de la vida. No se podía ser bueno. Llorando volví hasta la fuente a llenarla otra vez, aunque lo malo era tener que volver a subir por medio del pueblo hasta mi casa porque era seguro que otra vez me iban a pedir de beber la mitad de los vecinos que me encontrase.

Mientras tanto mis amigos, que no estaban sometidos a esta disciplina “boticaria”, jugando al fútbol en el juegopelota. Además si subía por el camino del Regatillo, ellos me verían y se iban a reír de mis quehaceres tardíos, de la tarde.

En otra ocasión subíamos del recreo a la escuela que estaba en el edificio del ayuntamiento y en uno de los escalones vi brillar una cosa que me pareció el bolígrafo de la Mari que era la única que tenía un bolígrafo de recambios, dorado, lustroso, bonito como él solo.

Examinado después en detalle en la clase el hallazgo, vi que no era el bolígrafo de la Mari, por lo que lo metí en la cartera y me lo llevé a casa. Según le estaba contando el hallazgo a mi madre, antes de merendar y que me mandara a por la botija, se oyó al pregonero que anunciaba la pérdida de la pluma estilográfica del veterinario y que se recompensaría al que la hubiese encontrado y la devolviese. Mi madre le dijo al pregonero que no siguiese que la había encontrado yo y que iría a casa del veterinario a devolverla.

Por aquella restitución me dieron un kilo de manzanas y cinco duros. Con ellos pude devolverle a mi madre una deuda que tenía con ella de una tarde que me había mandado a comprar chuletas de cordero con cinco duros y, por irme a jugar con los amigos, los había perdido. Yo no sabía lo qué era la justicia social, ni el equilibrio redistributivo, pero era evidente que la Sagrada Providencia que nos enseñaba Don Julián, se había acordado de quien más lo necesitaba en forma de pluma estilográfica.

Un día, agradecido porque mi abuelo me prestase algo de atención, ya que llevaba varios muy ocupado con sus tareas del huerto y de las escobas decidí preguntare de nuevo sobre sus tiempos infantiles que otro día me había estado contando.

– Aquello era un paraíso en que nos faltaba de todo nada, pero nos sobraba alegría – se atrevió a decir – Aunque entonces no la valorábamos porque todo en aquellos días fluía con naturalidad, como el agua del Regatillo.

– Sólo valoramos las cosas cuando las perdemos – le dije pensativo – Y las valoramos más por su escasez que por su utilidad.

– Así es – asintió – Entonces teníamos demasiado de todo y fueron unos años muy felices. Nos dejábamos llevar por la vida, que según dicen, es una manera de percibir la felicidad.

Yo le escuchaba con atención.

– La felicidad es un estado que, a veces, recordamos haber tenido – dijo esto señalando con el brazo hacia atrás – Aunque enseguida llegaron los primeros deberes y obligaciones: Haz caso de tus hermanos y primos mayores, fijate en ellos cuando se resguarden de los fríos o de los calores del verano, obedece a los mayores y al señor cura,.....

– Tienes razón – asentí – Los primeros años te mueves con absoluta libertad porque, bajo el cobijo de los padres, todo está permitido. No te das cuenta, en tu inconsciencia, de los peligros que te acechan. Según vas creciendo e independizándote es cuando tomas conciencia de las limitaciones.

– Veo que compartes lo que te digo – me miraba complacido – Pero las verdaderas limitaciones llegan cuando te inculcan los primeros Principios Morales. Respeta a los demás, no pegues a tus compañeros de colegio, has de jugar con todos, déjales tus cosas,.....Hasta que llegan las primeras desilusiones porque otros no practican los mismos principios y abusan de tu credulidad y candidez. Vas con el cirio en la mano, y otros te lo apagan y machacan.

– Tienes que aprender a defenderte, no sólo de los enemigos naturales, sino de los compañeros – recordaba mis primeros años de escuela – Tienes que saber defender tu territorio y ganarte el respeto de los demás.

– Después de años viviendo en libertad, tienes que aprender a renunciar y saber que tus derechos terminan donde empiezan los de los demás. La vida en sociedad, así como la llegada de nuevos hermanos al nido, te enseñan a renunciar. Aunque las mayores desilusiones vienen,

como decíamos, de los que no respetan tus derechos y abusan de tu buena fe.

– Ese fue tu primer tiro en el ala – me reía.

– No te rías – protestó él convencido – Yo entonces no lo valoraba así. Sólo fue una amarga experiencia al verme ante unos problemas sin solución. Imagínate el escenario. Alguno de los mayores rompen unos cristales del Ayuntamiento por andar jugando al pelota sin cuidado. Castigo a todos los chicos y pago del cristal entre los padres de todos, reprimenda en casa al llegar con la noticia y exigencia de denunciar a los malhechores al señor Alcalde.

– Problema sin solución. Cualquier decisión que adoptes, pierdes – yo abría las manos en señal de incompreensión – ¿Qué decisión tomaste?

– Como siempre, quedarme en el medio y tratar de conciliar a las partes. Con lo que quedé mal con todos. Con los compinches por hacerles ver que debían confesar su fechoría, con mis padres por negarme a ser un acusica.

– La ley del Silencio – quería ir aportando mis conceptos ya aprendidos, a la causa común – ¿Te conviertes en cómplice y cobarde o te vuelves justiciero, renegado y traidor. ¿Cuál es el camino? ¿Dónde está la virtud?

– “In medio est virtus”– me soltó un latinajo que le venía a la mente aunque no eran muy habituales en él –

– Entonces, ¿qué está primero, la obediencia a los padres y a los maestros, el compañerismo con los malhechores, o el compañerismo con los otros que se ven perjudicados sin culpa? – dejó las preguntas en el aire, para a continuación contestar – Entonces, yo creía que con la verdad y la negociación se podía ir a todas partes. Tenía fe en los compañeros y pensaba que a todos nos educaban igual y bajo los mismos principios.

– Los principios morales que decías – asentí – Tus padres y maestros eran unas personas crédulas, como los de ahora, que se creían las normas que les habían inculcado otros. Seguro que no eran personas leídas ni viajadas.

– Los viajes y los libros no lo enseñan todo – me miraba sonriente – Los libros sólo cuentan lo que saben que el público y sus conciencias puritanas pueden aceptar – exponía con seguridad – No se puede ir contra las normas y los principios comúnmente aceptados. No se puede ir con la razón y la verdad por delante. Hay que ir con lo convencional. Es la ley del más fuerte que aniquila a los que se rebelan contra el sistema.

– Entonces ¿quienes eran el sistema, los maestros o los cabecillas de la cuadrilla? – esperaba su respuesta de **Sabelis** con atención.

– Siempre hay una estructura oficial y una estructura paralela que hay que saber descubrir – sonreía enigmático.

– ¿A cuál de ellas has de aceptar y obedecer?

– A la oficial has de hacerlo por necesidad. A la estructura paralela de poder, has de llegar a descubrirla, conocerla y después tienes que plantearte: unirte a ella o combatirla – dijo muy seguro – Pero tienes que medir muy bien tus fuerzas para ello.

– Seguro que tú eras combativo y te enfrentabas a todos por defender la verdad y las causas justas – lo miraba expectante.

– No lo creas – él sonreía mientras movía la cabeza hacia los lados – Como te decía antes, siempre he buscado la porción de razón que tienen cada una de las partes y muchas veces he salido escamado.

– Nosotros, ahora, tenemos dos mayores que lo dominan todo – me atreví a confesar – Nosotros no marcamos las normas y ellos tienen sometidos a los demás. La ley del Más Fuerte.

– Soy muy liberal y me parece bien que cada cual haga lo que quiera siempre que no dañe al prójimo. Si el prójimo soy yo, trato de defenderme en la medida de mis posibilidades, ahora más mermadas que hace años. Y si es alguien a mi lado, igual.

– ¿Qué ley ampararía esta actuación de defensa de los propios derechos y de los más cercanos?

– La ley de la Alegría – no dudó ni un instante – Hay que hacer todo con alegría, y saber cuál ha de ser en cada caso la actitud que la propiciará.

– Los mortales tenemos que sobrevivir y adecuar nuestras actuaciones a nuestras fuerzas – continuó ante mi silencio – Como te decía antes, yo siempre he tratado de defender y luchar por la ecuanimidad, pero ahora ya soy un poco descreído y prefiero ver pasar la vida, ya sin asombro.

– El espíritu humano es muy complejo y muy sencillo a la vez...

– Muy complejo y muy sencillo a la vez – repitió mi frase – La “ley del más fuerte” la aplicamos todos por igual. Unos con ecuanimidad, otros con tiranía, otros con benevolencia, otros con equidad. Pero ajustamos nuestras normas conforme al papel que nos ha tocado desempeñar.

– Quieres decir que nosotros defendemos la equidad y nos subleva la injusticia porque tenemos un poder limitado y nos molesta que los quienes lo ejercen, nos tengan sometidos.

– Adecuamos nuestras normas al papel que desempeñamos – repitió – No te creas que los poderosos no conocen todos los principios morales igual que nosotros. Pero son capaces de encontrar un manto protector de sus acciones, incluso las reprobables, que tranquilizan sus conciencias ante las mentiras, las injusticias, los abusos de poder que puedan cometer.



– Nos quedamos con los principios que nos convienen – yo reflexionaba en voz alta – Cuando yo quiero impresionar a otro más pequeño utilizo los mismos trucos y tretas que los mayores conmigo.

– Ya lo creo – coincidió conmigo – Lo que pasa es que en la balanza de nuestras acciones ganan las buenas o, como poco, empatamos. Los verdaderos malhechores son los que hacen de la mentira y la injusticia su norma de actuación.

– Como los que mandan – salté, recordando sus explicaciones de otras veces – Adecuan su modo de vivir y su modo de actuar a la conveniencia permanente. Tal como decías tú, todas sus acciones quedan justificadas por el bien común, la justicia social, la defensa de la patria.

– A veces tienen que sacrificar peones, pero lo importante es que triunfe el rey, la patria o el gobierno. Y no perdonan la deslealtad de sus militantes. Tienen permiso para mentir, injuriar o amenazar, pero siempre que se haga por el bien de la causa.

– Ganar es un fin que lo justifica todo para no dejar el poder en manos de otros que según quieren malvender o perjudicar a la patria – me mostraba su conciencia política libertaria – No tienen más razones que su verdad. Al adversario no se le hace ni caso a lo que dice, siempre hay que atacar su falta de credibilidad y su incoherencia.

– Hay que vivir conforme se piensa –hablaba pausado – Lo malo es si piensas como vives.

Yo asentía pensativo ante estas palabras. Notaba que **él** estaba ya cansado de la conversación matinal que había sido larga y rica, por ello no quería seguir con más preguntas y observaciones. Ya me había dado varias ideas que tenía que rumiar y asentar.

### ***El gran acontecimiento***

Ya hacía unos días que cada mañana antes de amanecer subía mi abuelo a despertarme para ir juntos a los campos ya segados a espigar. Cogía el trozo de chocolate con pan que mi madre me había dejado preparado, y con el cordero que cuidábamos en casa para matarlo en la fiesta de Octubre, nos íbamos los tres tan contentos. Yo muerto de sueño, pero por el camino me espabilaba y llegaba ya al campo que acababan de segar con mejor ánimo.

Mis primos no solían venir con nosotros, Mari porque aún era pequeña y Victor porque vivía en el pueblo de al lado y solía hacerlo allí con su madre. Aquella mañana, al volver de los campos con mi abuelo, nos lo encontramos ya a media mañana porque había venido con su madre a visitarnos,

Cuando nos vieron llegar cada uno con nuestra gavilla de trigo y el cordero, acudieron a saludarnos y a comprobar nuestro atado, porque Victor ya entendía lo que podía conseguir cada mañana una persona, pues en su pueblo cada mañana iban él y su madre también a espigar.

Hacía unos días que yo había ido a su pueblo con el abuelo para visitarlos y en un cuarto en la parte baja de la casa tenían media habitación llena con más de treinta gavillas, mientras que en mi casa sólo teníamos las doce gavillas que había conseguido los días anteriores y además eran más pequeñas.

Mi padre por aquel entonces trabajaba en la fábrica de harinas en el turno de noche, por eso no llegaba a casa hasta las nueve de la mañana. Pero los años anteriores había sido resinero en el pinar.

Entonces salía de casa antes de levantarnos nosotros para estar ya en el tajo al amanecer y aprovechar las primeras horas de la mañana en

que el sol no apretaba todavía fuerte. Aunque en su caso, al estar entre pinos centenarios que le daban buena sombra, podía aprovechar casi todas las horas del día menos al mediodía en que comía y echaba una cabezada debajo del mejor pino por donde llevase el tajo.

Su trabajo consistía, como yo habla visto los veranos que habíamos vivido cerca del pinar, en mantener sus pinos bien saneados. También les cortaba las lumbreras que se iban quedando más bajas y secas y les hacía a los pinos un corte vertical por el que rezumaba resina que recogía en unas cazueletas de barro, como tiestos, que fijaba en la base con un clavo. Después, cuando se llenaban las cazueletas, las vaciaba en una lata y ésta a su vez en grandes bidones de metal.

Mi padre además de harinero había tenido muchos trabajos, como peón segador, como labrador, para cortar leña, como hortelano en un huerto que llevaba a medias con los dueños – él lo sembraba y cuidaba y lo que cogía lo repartía con ellos –, y como resinero. Era muy trabajador y por eso lo querían en todos los sitios. Aunque él, cuando le reconocían esto, siempre decía una frase que yo no entendía: “pobre y honrao, pa joderlo”, otro de sus dichos que como todos debían encerrar una enseñanza de vida.

Pero la mala noticia que el abuelo nos trajo al final de la mañana: “la fuente se ha secado” cambió por completo la armonía y tranquilidad con que jugábamos.

El abuelo fue al pajar a descargar su carga y al regresar se sentó junto a la abuela en el primer escalón de entrada a la casa, mientras comentaban su extrañeza por tal acontecimiento y los comentarios y elucubraciones que todo el mundo ya se hacía.

Nosotros tres seguimos jugando con la pelota de goma y las casetas de Mari, pero notábamos cómo el tema había alterado la placidez con que otros días el abuelo le solía comentar a la abuela cómo iban las lechugas en su huerto del chorrón y las habladurías insustanciales de la gente que se habla encontrado por el camino.

Por primera vez en muchos meses tenían delante o en la cabeza un hecho que trastocaba todos sus esquemas mentales. Cada cosa estaba siempre en el sitio donde tenía que estar y haciendo la función que todos conocían y todos esperaban, y las persona igual. Por eso, cuando se moría alguno de la edad de mi abuelo o más viejo, él solía comentar que era ley de vida pero que un hueco iba a dejar.

Porque mi pueblo era una maquinaria perfecta, como la maquina de moler de la fábrica de harinas. Por eso los que trabajaban allí como mi padre hacían tres turnos para que la máquina de moler que se movía con la fuerza del agua que entraba desde el caz, no parase nunca.

Y en esta maquinaria que era mi pueblo – según me explicaba mi abuelo –, cada una de las personas, los mismos animales y las cosas teníamos asignado nuestro papel y no lo podíamos abandonar así como así porque ello hubiese repercutido en todo lo demás. Por eso yo cada mañana, aunque me cayese de sueño, tenía que seguir a mi abuelo y al cordero hasta los campos de cereal para recoger las espigas que se dejaban los segadores y gavilleros después, y no quedase ninguna espiga desaprovechada cuando los volviesen a arar.

Pus lo mismo era con todas las cosas. Y la fuente que había decidido dejar de hacer su función nos iba a condicionar en todo lo demás. Por lo menos así lo pensaba yo al oír a mi abuelo y ver su cara de preocupación aunque torciese la boca con una sonrisilla escéptica que nunca lo abandonaba. Pero se echaba mano a la gorra y se la recolocaba cada dos por tres mientras cabeceaba, lo que no era buena señal.

Al mediodía en casa, nada más levantarse mi padre, también fue motivo de comentarios durante la comida, pues aunque era la primera noticia para mi padre, mi madre lo había oído ya por todo el pueblo cuando había ido a comprar y a la pesquera a lavar la ropa.

También para ellos resultaba incomprensible, porque no entendían que un hecho así se hubiese producido tan inesperadamente sobretodo cuando la primavera había sido especialmente lluviosa y las demás

fuentes naturales y regatos como le del segundo barranco manaban y fluían con normalidad, como todos los veranos.

Los siguientes días el tema era ya de dominio público y el único motivo de conversación entre la gente. Todos comentaban lo inexplicable del asunto y las mil causas que lo podían haber provocado.

Por primera vez en muchos meses – quizás años –, sucedía algo novedoso que se salía de la cotidianidad habitual rompiendo los esquemas y la perfecta armonía con que funcionábamos en todo. La maquinaria perfecta fallaba por un sitio que podía afectar a todo lo demás.

En pocos días yo acudí a la fuente seca por dos veces, una con los amigos de la escuela y otra con Basi y los chicos de Serapio que trabajaba con mi padre en la fábrica de harinas, otra familia que vivía por nuestros barrios altos y con la que teníamos una gran familiaridad. Nos habíamos criado juntos y éramos como hermanos.

La fuente tenía un aspecto diferente, como de tristeza. Y de la misma manera que antes uno se quedaba extasiado mirando el milagro de aquel chorro manando ininterrumpidamente –día y noche –, entonces parecía inexplicable que estuviese inerte y sólo las avispas hiciesen velatorio a su alrededor merendando por las zarzas y las junqueras que se estaban empezando a resecar.

Cada uno comentábamos lo que se iba oyendo por el pueblo, mil comentarios a cual más peregrino que trataban de explicar lo inexplicable de la manera más lógica, pero al mismo tiempo carente de sentido.

Lo único cierto era la realidad tozuda de la fuente seca – la gente ya la llamaba así –, que se mostraba provocadora ante todos, negando muy tacaña lo que antes había dado siempre de manera tan generosa.

Y así se mantuvo todo el resto del verano y el otoño. De nada sirvieron las excavaciones que se hicieron en su entorno levantando las piedras que la habían acompañado durante siglos, ni las caminatas que

algunos se daban monte adelante por encima de las peñas del segundo barranco tratando de descubrir alguna pista que explicase el hecho, ni los peritos que el ayuntamiento hizo venir de la capital, ni los paseos del tío “puñales”, un viejo pariente nuestro que tocaba la pandereta en las rondas y siempre descubría agua con su barita de cinz. La fuente seguía tozuda en su negativa y parecía reírse de todos los neófitos y expertos que creían que iban a dar con la razón de tal desatino.

Las novenas de la Virgen de la Lastra fueron dedicadas a pedir que la fuente seca – patético nombre –, volviese a manar y el señor cura organizó una procesión especial el día antes de la patrona, la Virgen del Rosario, ala que acudieron el Obispo de la capital del partido y los curas de las diócesis cercanas a la que fuimos casi todos los feligreses – yo siempre creía que este nombre tenía algo que ver con el mío –, para pedir que en la siguiente primavera volviese a manar.

Mi abuelo y mi padre que no eran mucho de iglesias y menos de procesiones no acudieron y mi abuela menos porque era coja. Y cuando volvimos a casa con mi madre, mi hermana y mis tías y primos se sonreían porque decían que le señor cura había sido avisado, por si acaso y para no mermar la fe de sus feligreses pedían para la primavera siguiente, no para el momento. Según ellos, muy ilustrativo.

Tan sólo en el invierno, algunas tardes de tormenta y aguacero, parecía que el viejo caño de teja dejaba correr un chorrillo de agua, pero todo era ilusorio, en cuanto cesaba la tormenta, volvía a su sequedad imperturbable.

Aquel año fue un invierno duro, lleno de nieves pero no trajo la bonanza primaveral que los refranes pronostican, en Semana Santa se empezó a correr el rumor de que la fábrica de harina iba a cerrar.

Al parecer no se podían mantener tantas fábricas como había en los pueblos que recibían las beneficiosas aguas de nuestro río y de su río mayor donde él confluía. Ya las mismas fábricas de harinas habían sustituido en su día a los molinos que había a lo largo de todo el recorrido, que no eran pocos. En nuestro pueblo mismo había tres y

otro en el pinar aunque éste se mantenía para dar luz a un pueblo cercano, situado en medio del pinar.

Para nuestra familia fue una fuente de preocupación importante, pues la base del sustento familiar era el huerto y los animales que criábamos en casa, pero el poco dinero que mi padre conseguía en la fábrica era cada día más necesario para comprar otras cosas que la naturaleza no nos daba, como arroz, aceite, azúcar, chocolate,...y ropa, que toda no nos la podía hacer nuestra madre aunque era muy hacendosa.

Además, les oía yo decir a mis padres, no querían que mi hermana tuviese que irse a la capital sola a servir y para mí era importante que pudiese estudiar algo más que lo que se hacía en el pueblo. Mis padres tenían cuarenta años y si las cosas se torcían en el pueblo tenían claro que deberíamos emigrar a alguna capital.

Aquel año fue un año de muchas salidas del pueblo, sobretodo de chicas de la edad de mi hermana que se iban a servir y muchos mozos que al terminar la mili se quedaban en la capital y ya no regresaban al pueblo. Entre ellos mi amigo Basi, lo que me supuso una gran decepción.

Por una parte era un gran orgullo porque irse a la capital era importante porque allí podría ver muchas cosas nuevas, aprender un oficio y tener nuevas oportunidades, pero al mismo tiempo para mí era una fuerte pérdida que me iba a costar mucho superar. Pero si su madre, la tía Esperanza era valiente no lloraba por ello, por lo menos delante nuestro, menos lo iba a hacer yo, aunque me doliese.

Además en verano tuve mi primer trabajo, con sólo ocho años. Con mi amigo César nos ajustamos con sus tíos para acarrear la paja de las eras, una vez trilladas la mieses, hasta el pajar donde la guardaban. Tres días en que cada uno con una mula la llevábamos desde las eras hasta la mitad del camino y allí nos las cambiábamos para seguir el camino hasta el pajar.

Lo peor de participar activamente en estas tareas de la siega, era el picor que llevabas siempre encima. En las mañanas de ir a espigar también sufrías algo por los polvillos de pajas que se metían por todas partes, pero no tenía nada que ver con la época de la trilla y el acarreo en que el polvo estaba en todas partes y se te pegaba a todo el cuerpo. Y no había manera de librarse de él.

Los mejores días de mi corta existencia porque además de cobrar un duro al día nos daban de almorzar y comer opíparamente. Las magdalenas y el ColaCao eran abundantes en el almuerzo y, después en la comida, había de todo: chuleas de cordero, tallos, chorizos, patatas guisadas con costillas. De lujo, sobretodo para uno pobre como era yo en que en casa la comida no faltaba, pero todo con mucha cuenta y siempre las mismas cosas.

Encima podía ayudar a nuestra maltrecha economía familiar. Para mí que mi paga semanal era de una peseta, las quince que conseguí en tres días me pareció todo un capital.

Las fiestas de Octubre fueron para mí las mejores porque mis padres fueron espléndidos conmigo y mis tíos también. Como decía a veces mi abuelo, aunque el pobre bien poco tenía, “dinero llama a dinero” y por todas partes me venía, de mi paga como acarreador – mi primer oficio –, y de mis parientes.

Sin embargo el gran acontecimiento, pasadas fiestas, iba a ser el largo viaje que mi padre me anunció en que con mi madre y mi hermana, íbamos a ir a las tierras de Aragón, un viaje hacia Aragón, tierra de la luz y al calor, comparado con nuestras frías tierras mesetarias.

– ¿Cuándo iniciamos el camino? – le pregunté satisfecho.

– Esa pregunta me ha gustado –tampoco él podía ocultar su alegría – Lo importante no es la llegada, ni el tiempo empleado, sino lo que puedes descubrir y vivir con alegría el camino – me miraba esperando



mi asentimiento – Vamos a disfrutar de cada paisaje y de cada parada. Si un sitio nos gusta pararemos un rato a descansar, comer o beber.

– Eso es – coincidí alborozado – Seguro que hay muchos caminos por recorrer, muchos bosques por descubrir y muchas fuentes que disfrutar.

– Vamos a ver si aquellas gentes que viven con tu abuela, pueden saber por qué se ha secado nuestra fuente, pero no esperes que encontremos allí la piedra filosofal, ni un talismán que lo haga todo diferente.

– Ya lo sé, padre – afirmé convencido – Afronto este viaje como una experiencia. Va a ser una nueva manera de vivir todos juntos.

– ¡Cómo me recuerdas a mí! – se mostraba nostálgico – A tu edad yo era igual que tú: Impetuoso, impulsivo, ardiente, vigoroso. Y casi siempre, precipitado – concluyó.

Los siguientes días los dedicamos a la preparación del viaje, que no iba a ser un viaje nómada con la casa a rastras, sino una peregrinación de cara al Norte, pero para llegar al otro Sur.

– ¿Sabes de lo que me he dado cuenta? – le comenté mientras merendábamos una tarde juntos – De lo apegados que estamos a las cosas. Por eso mucha gente es incapaz de viajar o cambiar de casa. Porque le duele abandonar y desprenderse de lo que tiene.

– ¿Me lo dices por tu experiencia? – se sonreía.

– Claro, lo pienso por lo que me está costando abandonar, aunque sea por unos días, mis pocas pertenencias. Y he pensado lo apegados que vivimos a los bienes materiales.

– Las personas estamos muy ancladas a nuestras cosas y a nuestra gente. Porque lo más difícil no es abandonar las cosas, sino deshacer los lazos emocionales que nos unen al entorno personal – me miraba atento esperando mi reacción.

– Explícame mejor eso, que me parece interesante.

– Es muy sencillo – se reía – Cuando estamos aposentados en un sitio hemos tejido a nuestro alrededor una malla de relaciones, afectos y contactos en la que somos imprescindibles. Si fallamos, la red se rompe. Tenemos nuestro lugar, y si lo abandonamos, se crea un hueco que los otros tienen que cubrir y tejer una nueva relación entre ellos.

– Entiendo lo que quieres decir – asentía satisfecho.

– Cuando estás en un sitio donde eres habitual, te parece que todo el mundo se fija en ti y en todo lo que haces, porque todos te saludan, te hablan, te ayudan,...Pero no es así porque ya...

– ...eres parte del paisaje y de las fuerzas que dominan el lugar – concluí seguro.

– Por el contrario, cuando vas a un sitio nuevo te parece que puedes hacer lo que quieras porque nadie te conoce ni se fija en ti. Pero es al contrario. Con tu presencia has invadido y roto el equilibrio de fuerzas que había entre sus moradores. Tiene que pasar un tiempo para que entre todos te hagan sitio y puedas ocupar un lugar, pero interfiriendo en sus costumbres y esperando que ellos acepten las tuyas.

Ambos nos quedamos en silencio pensando en las renunciaciones que teníamos que hacer a muchos afectos de todos estos años. En particular yo que iba a emprender mi primer gran viaje. Sin embargo, él tenía más experiencia porque había efectuado continuos viajes, de peón a la siega en aquellas tierras de Aragón y con el camión de fábrica de harinas a otros molinos y almacenes.

– Estoy pensando – le dije – que nos va a costar hacernos un sitio en los parajes que visitemos.

– Depende de las zonas donde nos detengamos. Hay zonas en que la gente ya está acostumbrada a los visitantes, a los viajeros y ya tienen un lugar reservado para ellos.

– Además en algunos sitios ya están acostumbrados a los viajeros y ya tienen reservado un hueco emocional y afectivo para ellos. Nosotros sólo vamos a llenar esos huecos que antes habrán ocupado nuestros predecesores

Yo atendía a su explicación y aceptaba satisfecho el papel de galán que le asignaba.

– También pasaremos por sitios donde sus residentes no están acostumbrados a visitas y nuestra presencia será una completa invasión – quiso aclarar – En los sitios donde sean capaces de aceptar nuestra invasión y acogernos, nos quedaremos un tiempo. Tampoco hay que dramatizar por nuestra presencia y la afectación de sus costumbres.

– Donde seamos acogidos con frialdad y tratados como perturbadores del orden establecido, repondremos fuerzas y seguiremos nuestro camino – concluí – Aragón nos llama – exclamé.

– Has de tener en cuenta que Aragón es también una forma de vida diferente – interrumpió mi jolgorio e hizo que le mirase asombrado – Las Leyes Universales configuran allí un escenario diferente y por lo tanto, las costumbres de sus moradores son otras.

– El Viento, El Agua, El Sol,...todos deben tener una actuación diferente y ello cambia también sus costumbres.

– La gente de las tierras cálidas no necesita casas tan resistentes. Obtiene frutos de la naturaleza más fácilmente y con más frecuencia. No necesita protegerse tanto del frío, pero sí del calor. Por ello, debe acomodar sus costumbres y su ritmo de trabajo a las épocas y horas de calor.

– Por eso – festejé – la siesta es un invento español. Aunque no la practique como haces tú.

– Bien lo sabes – se reía – Cada día, después de comer, una cebeznadita aunque sea de diez minutos a la sombra de una gavilla de mies en la siega.

### ***El largo viaje***

A los siete años, mi historia viajera era más bien escasa. Tan sólo había hecho algunos viajes en “el correo”, hasta el pueblo de al lado donde vivían mis tíos y mi primo Víctor y en un par de ocasiones hasta la capital de partido. En el primer caso se llegaba en diez minutos y en el segundo en una hora además del tiempo que paraba el autobús de línea paraba por el camino en las poblaciones intermedias.

Pero en aquella ocasión el viaje duró todo un día, transcurrió a través de muchas etapas y por diferentes medios de transporte. Antes de amanecer partimos con mis padres y mi hermana con todo lo necesario de ropa y comidas cargado en el burro que también iba a servir para que yo fuese montado.

La primera etapa iba a ser una caminata de veinte kilómetros hasta el “molino de lucas”, en otro pueblo por el que pasaba el tren que cogíamos para llegar con él hasta la estación más cercana al pueblo donde residía mi abuela materna, Perpetua.

A la estación también acudiría el marido de mi abuela – le llamábamos tío Feliciano –, con dos mulas para cargar nuestra maleta y las alforjas con la comida y que yo, de nuevo, pudiese ir montado pues el pueblo quedaba a dos kilómetros por carretera.

Aquel sí que fue un viaje largo y no los diez minutos que duraba el viaje al pueblo de al lado con “el correo”. Todo un día de sensaciones muy diferentes a lo que había vivido hasta entonces.

Mi padre, como me demostraba cada vez que íbamos por alguno de los parajes del pueblo se conocía cada fuente, cada camino y cada monte Y de cada zona singular tenía una anécdota que contar que mi madre ya conocía pero mi hermana y yo escuchábamos boquiabiertos.

En una fuente a lado del camino donde parábamos para que bebiese el burro y nosotros, él había compartido una vez la merienda con Juanito y Serapio cuando volvían de trabajar de peones desde Aragón. En una paridera había tenido que hacer noche otra vez que había estado cuidando un rebaño y una tormenta no le permitió regresar al pueblo. Un campo que había muy grande con los trigales a medio crecer habían tenido que segárselo entre dos en un día. Lo que al parecer era toda una hombrada.

Y así con todo, incluso en los pueblos por los que pasábamos con el tren. En uno conocía al molinero, como el Lucas, y es que como mi padre trabajaba en la fábrica de harinas todos los molineros habían ido en alguna ocasión a nuestro pueblo o mi padre había ido con el camión de la fábrica a recoger grano o llevar harina a su molino. En otro vivía alguien que era de nuestro pueblo o en otro conocía a alguien que había estado con él en la guerra. En cada rincón tenía o encontraba un motivo de pertenencia o una excusa para hacerlo suyo.

El tren era un tren de entonces con máquina de carbón, vagones de madera y pueblerinos como nosotros que, menos el burro, llevábamos con nosotros todos los aperos y bultos que nos delataban ante los pocos viajeros capitalinos que ejercían de viajeros acomodados y nos miraban con desdén.

El motivo del viaje era para ver a mi abuela y al tío Feliciano y pasar con ellos las fiestas del pueblo, el 17 de Mayo que era San Pascual Bailón, pero a lo largo de todo el recorrido por burro, tren y mulas, el motivo de observación de los parajes pintorescos y la conversación con los allegados que íbamos encontrando era el motivo de preocupación que no se nos iba de la cabeza, la fuente que se había secado en nuestro pueblo.

Todos ellos, Lucas, su mujer, sus hijos, mi abuela y el tío Feliciano, incluso alguno de sus vecinos conocían la singularidad de la fuente y no se lo explicaban ni se atrevían a porfiar sobre sus causas ni sobre

sus consecuencias. Les resultaba un misterio tan inexplicable como lo era para nosotros ni conocían casos semejantes en sus tierras.

Todas las fuentes naturales estaban donde habían estado siempre y fieles habían cumplido su función sin alterarse en nada. Unas eran intemporales y otras estacionales que se secaban en el estío, pero después volvían puntuales en el otoño con las primeras lluvias o las nevadas invernales.

Por eso el misterio de la nuestra era interpretado por paisanos y extraños como un acontecimiento excepcional que escapaba a toda la lógica que había gobernado los procesos naturales con que convivían a diario. Y así había sido en otros tiempos como les habían contado sus antecesores.

En el pueblo de mi abuela también eran muy felices, no sólo con motivo de las fiestas patronales que las celebraban casi tan bien como nosotros, sino todo el tiempo. Además ellos tenían muchos frutales en sus campos y vino en sus bodegas.

En los bajos de cada casa, donde nosotros teníamos “la corte” de los cochinos, ellos tenían su bodega. Normalmente estaba excavada sobre la tierra en una especie de cueva subterránea y allí tenían el lagar para pisar la uva y las cubas y botos donde guardaban el vino.

En mi tierra tenía fama el buen vino de Aragón y la fruta era muy apreciada. Nuestra tierra de secano y frío daba algunas ciruelas y manzanas, pero las uvas, melocotones, peras y otras frutas parecidas nos las llevaban desde estas tierras fruteros que a la vuelta cargaban sus carros con piedra que allí escaseaba y todo se construía con adobes hechos de tierra y pajas secados al sol.

Yo no sabía nada de todas estas cosas ni me importaban, pero mi padre o mi tío Feliciano me lo explicaban todo porque era su obligación, como hacía mi abuelo en el pueblo, y a ellos les habían enseñado sus padres y mayores. Aunque yo fuese a la escuela y un día

estudiase, todo esto había que aprenderlo directamente pues no lo enseñaban los libros ni los maestros.

Además, la casa de mi abuela tenía un lugar especial, lo que ellos llamaban el desván y nosotros conocíamos como la cámara. Allí guardaban mil trastos y aperos y un baúl especial en el que tenían el ajuar, un montón de cachivaches y utensilios que no había visto nunca ni en mi casa ni en la de mi abuelo, y con los que podía jugar a mis anchas. Un molinillo, unas teteras, unos cazos, potes, vasos de latón, otros de vidrio y otras cosas de trapo.

Para mí, aquello era como una feria, la mejor de las cucañas y todo para mí solo. Mi tío Feliciano se pasaba el día conmigo y sólo se preocupaba de que estuviese bien, contento y jugase con todo lo que quería en el desván y por todo el pueblo.

Cuando me cansaba de estar en casa nos íbamos a visitar a sus amigos, casi todos los del pueblo, aunque el señor Pascual y el señor Damián eran especiales. Como en mi pueblo, todas las casas y las bodegas estaban abiertas de par en par y se entraba a saludar a la gente e interesarse por ellos. Ellos eran aldeanos y pueblerinos como nosotros, pero, no sé porqué, todos se llamaban señor tal y señor cual. Una muestra de respeto que no quitaba familiaridad. Por lo menos a mí me trataban como si fuese de la familia.

El tercer día nos llevaron a un pantano que había cerca del pueblo y para nosotros el espectáculo fue alucinante. Nunca habíamos visto tal cantidad de agua junta y que ocupase tal extensión, como cientos y cientos de “piazos” juntos.

Mis padres y mi tío escogieron un resguardo para sentarse y contemplar aquello en su inmensidad, mientras yo y mi hermana correteábamos a la orilla del agua.



– Ya lo verás al amanecer – dijo mi tío Feliciano en cuanto nos calmamos un poco – Los primeros rayos aparecerán justo por encima de aquel monte y entonces uno puede apreciar el mayor espectáculo de su vida.

– No sé si voy a poder dormir en toda la noche – yo seguía excitado – Esta grandiosidad me sobrecoge – señalaba con la mano hacia el agua.

– Ha sido un día de intensas emociones – dijo mi tío por la noche en la posada en que íbamos a pernoctar, pues se había contagiado de nuestra alegría – Es conveniente que cenemos un poco y nos dispongamos a dormir. Mañana tendremos ocasión de explorar los alrededores y verlo al amanecer.

– Estás fascinado – me decía a mí – Pero trata de dormir y asimilar el presente, sino no podrás soñar el futuro.

– De mis sueños de esta noche podré hacer poco caso, porque van a ser muy confusos y enrevesados. Han sido muchas novedades y emociones en un sólo día para un chico tan joven y de viajes tan rutinarios como soy yo. Este va a ser mi primer viaje de placer.

Entre sueños y desvelos, pues la realidad vivida durante el día se mezclaba en sus sueños con la fantasía.

De golpe se despertó sobresaltado, teniendo que agarrarme a mi hermana que seguía sumida en un dulce sueño.

Por la mañana a primera hora abrimos las ventanas que daban al pantano al ver despuntar los primeros rayos de sol por entre las ramas que teníamos delante, agradecidos del mirador excepcional que teníamos y el espectáculo era sobrecogedor. Todavía no despuntaban los primeros rayos de sol y la claridad incipiente teñía las aguas de colores dorados que invadían la oscuridad nocturna.

Las aguas estaban en calma, lisas como una balsa. Sólo algunas nubes en el horizonte competían con la inmensa bola de fuego amarilla que emergía sobre las aguas.

Hacía tan sólo unas pocas horas que habían visto esconderse el sol por poniente y ya volvía a aparecer, después de haber dado una rápida vuelta a la Tierra. ¿O sería la Tierra la que giraba al revés y había dado la vuelta? Disquisición metafísica que me traía sin cuidado, absorto como estaba en la contemplación de aquel amanecer. No se parecía en nada a los que recordaba de toda su vida.

Cuando la superficie acerada de las aguas empezaron a iluminarse y los destellos del sol se reflejaban en sus lisas aguas, tuve que contener el impulso de acudir a ellas para deslizarme sobre su superficie.

Mi mente se estaba despertando del letargo matinal y cavilaba sobre la importancia de la renovación diaria de la vida y de la mente. Todo era cíclico y la existencia de las noches y los días permitía renovar el organismo y la mente, refrescando las ideas y aposentándolas en los respectivos casilleros de su imaginario palomar.

MI primer viaje de placer había tenido una estación tan espectacular que me hacía reprocharme haber residido siempre en el mismo sitio. La apertura de horizontes y espacios suponía una apertura mental que no propiciaban las estancias permanentes en los mismos parajes y con las mismas gentes.

Los viajes de trabajo, como hacía otras veces mi padre, sólo habían sido carreras desbocadas para cumplir sus compromisos de harinero y, otros tiempos, resinero a través de nuestra región en la meseta castellana. Tierras preciosas que le habían ocultado hasta ahora la grandiosidad de aguas como estas y un espectáculo como el que estábamos viviendo.

Yo pensaba que estas vivencias sólo iban a poder ser superadas por el conocimiento de las gentes de esta tierra pues mi padre ya me había

explicado que no se parecían mucho a las que había tratado siempre en nuestra tierra.

Ahora entendía la riqueza personal y la sabiduría natural de mi padre que no había adquirido en los libros sino en su continuo deambular entre gentes y paisajes. Él tenía un buen equilibrio de experiencia personal, sufrimiento y goce, como viajes por tantos sitios y le roce con sus culturas y sus gentes. Incluso en la guerra, había deambulado por tierras levantinas y había podido conocer hasta el mar. Según él me contaba, era como un pantano inmenso e interminable por uno de sus lados. La sabiduría no se adquiere tanto en los libros, como en vivir muchas experiencias sabiendo aposentarlas después.

Mi padre se desperezaba y yo esperaba de él una mayor reacción ante el espectáculo que se había consolidado delante de nosotros, pero él seguía con su ritual habitual de toma de conciencia y estiramientos, sin inmutarse. Tenía delante un espectáculo visual deslumbrante y no le hacía ni caso. Sólo al final, notando mi mirada emocionada, se le ocurrió hacer un comentario,

– Los despertares majestuosos con ahora junto a este pantano todavía me sorprenden. Después de haber visto otros semejantes no logro acostumbrarme. ¿Qué tal has dormido tú? – me preguntó.

– Ha sido una noche movidita – respondí– Pero lo que me sorprende es la naturalidad con que te tomas ahora la visión que tenemos ante nosotros. Yo estoy sobrecogido, tratando de retener esta vivencia – esperaba su reacción.

– Ya veo que están siendo para ti unas horas de intensas emociones – sonreía satisfecho – Vive con intensidad tus emociones pero no hace falta que trates de atrapar estas imágenes, Déjate tú atrapar por la intensidad de tus sentimientos y disfrútalos con serenidad y alegría.

– ¿Por qué hay entornos tan bellos, donde la Naturaleza se muestra con tanta intensidad, mientras en otros sitios nos tenemos que

conformar con paisajes más monótonos? El mundo está mal repartido – me lamenté.

– No hay duda que esto es de una belleza excepcional – me concedió – Pero la Naturaleza muestra su belleza en todo su esplendor en muchos sitios. ¿Qué dirían estas gentes si viesen las montañas nevadas de nuestra tierra en invierno?

Yo asentía escuchando sus observaciones y me quedé perplejo, con la carne de gallina cuando entonó su jota preferida en honor a aquellas tierras.

– “El Ebro guarda silencio, al pasaaar por el Pilar, la Virgen estááá dormiiiida,.....– **Raudel** ese notaba que le salía del alma.

– ....la Virgen estááá dormiiiiida, no la pueden despertaaaar – concluyeron al unísono.

Yo no pude ni quise evitar las lágrimas delatoras que habían acudido a mis ojos. La intensidad del momento por aquel entorno paradisiaco y la emoción descontrolada de mi padre al entonar su jota más querida, me había sobrecogido y encogido el alma.

Él también se había emocionado y no quería hablar porque sabía que le saldría la voz entrecortada.

– Mira esas aves – me señalño algunas uqe revolteaban por entre los árboles y se acercaban a las aguas – Son aves migratorias que llegan de lejanos países centroeuropeos en su camino hacia África – continuó – Eso sí que es viajar – sonreía.

– Siempre me sorprendes con tu visión acertada de las cosas – me maravillaba – Tu experiencia te ha hecho conocer muchas gentes, muchos sitios, y de todos ellos has sabido sacar una lección.

– Todo el mundo tiene algo que enseñar y de todos es posible aprender – asintió – Los pueblos y sus gentes tienden a vivir en armonía, aunque algunos sólo muestren su maldad y su egoísmo.

Yo asentía y le escuchaba admirado.

– Verás que las banderas son algo caduco, de otros tiempos en que se vivía en tribus cerradas que tenían que defender sus territorios, sus posesiones, su caza y sus tierras. Pero ahora ya no tienen sentido.

– ¿Y las raíces y las costumbres? – pregunté – Si a nosotros nos quitan nuestras jotas y nos ponen a cantar.....otras cosas, nos matan.

– Cada uno ha de tener sus propias costumbres y ritos. Pero ya verás que todos tenemos similares sentimientos y nos movemos por los mismos intereses y, lo que es más importante, para todos rigen por igual las Leyes Universales. Sólo los que las han descubierto y los practican verás que son sabios.

Yo asentía y le escuchaba muy atento. Después de haber asistido al mayor espectáculo en mucho tiempo, de nuevo me estaba dando una sabia lección de vida.

– Ya verás cuando nos encontremos con sus rondallas y músicos, a la luz de la luna, esta noche que es fiesta – se reía – Ya puedes afinar tus oídos porque vas a sentir igual que todos la emoción de esos instrumentos y esos jotereros que se deja la garganta en cada estrofa.

Yo estaba sobrecogido, imaginando el escenario nocturno que me dibujaba por lo que me emocionaba y articulaba las palabras con dificultad.

– Lo malo es que esto no va a durar siempre – me lamenté – En cuanto se pasen unos días, de vuelta a casa y a los fríos de nuestra tierra.

– No quiero ni oírte con tu espíritu prosaico y materialista – me amenazó – ¡Abre tus ojos y tu espíritu y disfruta de todo lo que vas a ver y vivir sin cortapisas!

Yo asentí y momento quiso desterrar de mi mente los pensamientos materialistas. “Vivir y disfrutar todas las nuevas sensaciones a tope”,

rememoré el lema que nos habíamos marcado para todo el viaje. Y, para no perder un minuto más en disquisiciones y melancolías, me bajé a la calle para ver de cerca las a ves que hacían un vuelo rasante sobre el mar.

Aquella misma noche, ya en casa de mi abuela, cuando estábamos a la lumbre, mis padres, mi abuela y Feliciano intercambiaban entre ellos la espontaneidad y asombro con que, tanto mi hermana como yo, habíamos acogido todas las vivencias del día, pero enseguida su conversación fue a parar a nuestra fuente seca. A nadie, en aquel pueblo, le había dejado indiferente, y, por el contrario, les había parecido un mal presagio y decían: que se estarían secando los acuíferos, que se secarían otros manantiales, que estas cosas nunca pasan porque sí. que después vendrían otras que también se secarían.

Además, intercambiaban entre ellos ideas que yo nunca había oído en boca de mis padres pero que otra gente les decía: que una fuente y un manantial natural como el nuestro tiene una espacial simbología. Que todo tiene su significado. Que aquello era una señal que había que tratar de entender.

Según mi mío Feliciano, todo eran frases enigmáticas con las que algunos que querían parecer más doctos que los demás pretendían esconder su ignorancia pero tratando de explicar un hecho inexplicable con otros enigmas y frases llenas de misterio.

Por lo menos la gente sencilla y sabia como mi abuelo, no porfiaban explicaciones o soluciones sin sentido. Se limitaban a observar los acontecimientos sobrevenidos con perplejidad, aceptarlos con estoicismo y esperar confiados que la misma naturaleza resolviese, de manera natural, el orden que de manera artificial nosotros mismos debíamos haber trastocado.

De regreso al pueblo hasta el burro caminaba más ligero, pues, como todos nosotros, había vivido unas jornadas singulares, pero

añoraba la vuelta a la cotidianidad que apaciguaría nuestras mentes alteradas por tantas vivencias compartidas y querencias revividas.

Tan sólo la desesperanza que nuestros allegados mantenían ante la terquedad de la fuente seca empañaba la alegría que les producía nuestro regreso para completar los puestos que habíamos dejado desocupados en aquel rompecabezas antes casi perfecto y en los últimos tiempos con amenazas latentes de desmoronamiento.

En los siguientes días todo volvería a la normalidad habitual de la época primaveral que nos anticipaba un verano cálido y seco, como siempre. Pero algo se había roto en aquel equilibrio emocional que los accidentes naturales como la fuente o el río nos proporcionaban y parecía que algo nos faltaba. No el agua de la fuente seca sino todo lo que empezaba a trastocarse en nuestro entorno y no éramos capaces de recuperar.

### ***La diáspora***

La salida de Basi del pueblo después de las fiestas de Octubre no es que fuese atípica, porque ya mucha otra gente, como sus hermanas, hacía años que se ganaban la vida en la capital. Pero fue muy especial para mí, porque fue el primer momento en que tomé conciencia de que el pueblo ya no era capaz de darnos todo lo que necesitábamos. Estaba dejando de ser una maquinaria perfecta y empezaba a tener muchos desajustes.

La amenaza de cierre de la fábrica de harinas también se mostraba cada vez más amenazadora y mis padres habían asumido que, en cuanto ocurriese, tendríamos que emigrar a la capital toda la familia que entonces ya éramos cinco, mis padres mi hermana mayor, Nuria, y la pequeña Rosario que tenía sólo un par de años.

Pero no era sólo lo de la fábrica de harinas, había otras familias que se dedicaban a pescar cangrejos con reteles y también estaban viendo disminuir su actividad. En años anteriores había más de diez familias que se dedicaban a ello, pero el último año tan sólo eran tres y no conseguían las buenas cestas de cangrejos que había otros años colgadas sobre el caz de la fábrica.

Tres tardes por semana iban a echar los reteles con un cebo de carne dura a lo largo del río y después se pasaban la tarde repasando cada media hora los reteles y cogiendo los cangrejos que se habían metido en ellos. Después los guardaban en grandes cestos de mimbre en el caz de la fábrica hasta que venían de la capital con un camión a comprárselos.

Pero las capturas disminuían de semana en semana y nadie sabía muy bien los motivos. El río siempre había sido un buen proveedor de truchas y cangrejos, pero ahora también se estaba negando a dar sus frutos. La gente decía que si los detergentes que si los nitratos de las



fincas y huertas, pero la cruda realidad era que no había ni las truchas ni los cangrejos de antes.

Y para todas las familias que veían mermarse su fuente de ingresos dinerarios, la única solución factible era emigrar a las capitales.

Un día estábamos a la puerta de su casa y mi abuelo parecía pensativo, por lo que yo, a su lado, me entretenía jugando un camión y no quería interrumpirle, aunque me lamentaba de que maní siempre me echaban los Reyes el camión más pequeño de los que habían expuesto unos días antes en la tienda del señor Justo, y a otros el patinete más grande y más bonito, por eso no le quedó más remedio que romper el silencio y empezar a desgranar sus pensamientos,

– La sociedad te marca esquemas y te pone metas que se basan en tener y poseer, pero no en disfrutar – comentaba pausado – Tienes que ser el mejor en la escuela, el que más corre en las carreras pedestres, el mejor segador, el que más gavillas carga, el mejor dispuesto, el mejor padre, el mejor ciudadano y respetar las leyes de esta sociedad, cuando las leyes las hacen unos para.....

– que las cumplamos los demás y tenernos sometidos – terminé.

– Len mi caso, de tanto estar sobrecogido por el deber, llegó un momento que arrastraba tanto plomo en que casi no podía andar.

– Preso de tus compromisos y obligaciones no podías liberarte de ellos – entendí la situación que me planteaba.

– Mis caparazones no me protegían, sino que me estaban impidiendo andar – se quejó nostálgico.

– Pero si tú siempre has sido una persona concienciada y contestataria ¿Por qué no demostrabas tu desacuerdo y te oponías a todo eso?

– Todo eran nuevas reglas que al final te imponían nuevos condicionantes y arrastraba un estado de insatisfacción y una inquietud que no era capaz de disfrutar de nada – se quejaba atribulado.

– Hasta que diste con algún libro que te dio las claves para descubrir tu camino hacia la simplicidad.

– No fue un libro. Sino un saltimbanqui que pasó por el pueblo. No tenía posesiones pero siempre estaba contento y todo lo llenaba de satisfacción: un día de sol, un par de nueces maduras, una conversación con los paisanos a la luz de la luna – se le iluminaba la cara – No tenía nada más que su carromato. Pero dormía a pierna suelta y siempre encontraba un motivo para alegrarse y compartir con los demás.

– “Cuanto más poseas, más esclavo eres” – esperaba que mi sentencia encajase en sus reflexiones.

– Ese había sido siempre mi dilema, ser o tener – sonreía – Pero no veía la manera de liberarme de las cosas y hábitos que coartaban mi libertad. Todo me parecía necesario e insustituible.

– ¿Cómo supiste iniciar el camino que te llevó a recuperar tu libertad? – le pregunté – Yo también me veo preso de ese dilema. Ya querría tener una vida más simple y sencilla. Pero no puedo renunciar a llevar una vida acorde a mi edad y mis apetencias.

– Ese fue siempre mi dilema, hasta que un contratiempo me hizo reaccionar, la ver cómo mi padre tenía que escoger entre “la bolsa o la vida” – miraba cómo lo escuchaba boquiabierto – Él nunca había hecho caso a los avisos de su cuerpo ni con el trabajo ni con la bebida o el tabaco y lo pagó con su vida – se le notaba apenado

– Por eso tú te plantaste ni yo me planté y dijiste que no ibas a seguir por el mismo camino – mi abuelo no fumaba y toda su bebida era su copita de cazalla mañanero en ayunas.

– Así fue y ya ves que no fue por un libro o por seguir buenos consejos de otros. Hay gente que todo lo aprende de los libros o con entrenamiento, y otros que sólo aprendemos a base de coscorriones. Sólo un gran fracaso nos hace reaccionar. Mi desengaño por la enfermedad y muerte de mi padre me hicieron replantearme la vida según las enseñanzas de mi amigo viajero.

Yo callaba y lo escuchaba en silencio porque veía correr una lágrima por sus mejillas.

– Dificilmente encuentres a la gente sabia rodeada de libros y papeles, lo más probable es que los veas viviendo la vida – afirmó contundente – Y no quiero añadir nada más, vivir la vida. Si lo analizas y entiendes la fuerza del término, es lo máximo, la plenitud.

– Abuelo, qué razón tienes – empezaba a percibir que estábamos llegando a la sustancia de su explicación – Cualquier definición o aclaración es limitativa: vivir la vida de verdad, según sus leyes, de acuerdo a sus creencias, como se debe vivir, sin cortapisas,...

– Mi amigo viajero me enseñó las Leyes Universales y cómo vivir acorde con ellos. A partir de entonces me fui liberando de los condicionantes que me impedían vivir la vida.

– Lo difícil es saber desprenderse de lo superfluo y quedarse con lo sustancial – contesté.

– Es verdad. Pero mi amigo me enseñó un camino muy claro: Practicar los principios de uno en uno hasta que los llegase a dominar con naturalidad y deshacerme de todo lo prescindible que coartaba mi vida.

– Cosas viejas, ropas que no usas, enseres que limitan tu espacio vital – proseguí, yo – Cachivaches, aperos, escobas que ya no barre bien .....

– Eso es fácil – continuó – Lo difícil es desprenderse de los compromisos y las personas y relaciones que limitan tu libertad y condicionan tus movimientos. Debes saber hacer una buena limpieza general y prescindir de las relaciones que te chupan energía y condicionan tu existencia.

– No puedes volverte egoísta y prescindir de los que te necesitan o sueles ayudar – protesté.

– Tienes razón – asintió – Pero no son esos los que te condicionan, quizás son ellos los que más te dan con su agradecimiento, con hacerte sentir útil, con su amistad,...

– Hay que descubrir el placer de dar, sin esperar nada a cambio. – repetí, complacido, una de sus frases preferidas – Hay que ser bueno con el mundo para que el mundo sea bueno contigo. La ley de Compensación Universal.

– Ni la discuto ni la predico. No entra en mis leyes. Yo sólo practico mis siete Leyes que son los que me permiten tener una guía clara de actuación y ser libre, relacionarme con los demás aportando algo y no estar esclavizado por los miles de condicionantes que siempre me habían atenazado.

– Eres un viejo feliz – le dijo con cariño y admiración.

– No es mi meta – protestó– Sólo quiero ser un viejo querido que disfruta de lo que la naturaleza le da.

– Sin pensar en el mañana – completé – Hay que vivir el presente a plenitud pues mi mañana, además, ya es muy corto.

Yo lo miraba absorto y no quería decir nada.

– Trato de vivir la vida, como me enseñó mi amigo viajero. Procurando no arrastrar rémoras ni consumir más energía y salud de la imprescindible – sonreía – Es lo único con lo que soy previsor y quiero guardar para el corto mañana que me queda.

Un par de personas que venían de la iglesia se pararon un momento a saludarles. Después de intercambiar parabienes reemprendieron su marcha tranquila que demostraba la armonía de la pareja.

– Son buenos amigos míos desde chicos. Ahora están recién casados – me acabó de explicar lo que ya sabía – Hace dos meses que asistimos a su boda. Son una pareja muy creyentes que hacen de la religión su guía y su forma de vida.

– No te veo yo a ti mucho por la iglesia – le dije yo expectante – Me parece que tu forma de vida es más atea. Crees más en la vida terrenal que en lo divino.

– Sólo agnóstico – me aclaró – No creo ni dejo de creer en la existencia de un dios cristiano o unos dioses paganos – Lo importante es que no condicionan mi vida.

– Eres un descreído – recordé sus comentarios de otras veces – Poco amigo de curas y religiones. La religión es el opio del pueblo – repetí otras de sus frases.

– Las religiones siempre han sido el instrumento de los poderosos para dominar a los pueblos, con la atribución de poderes sobrenaturales, allí donde no llegaban las leyes dominadoras.

– Creo más en las Leyes Universales que en las leyes de dios – continuó – Como todas las leyes, también se cambian cuando hace falta y cómo hace falta. Aunque los predicadores sean ejemplos de vida, siempre tratan de mentalizar a los oprimidos para que acepten su destino y no se subleven ante las injusticias de los poderosos.

– Ya te entiendo – asentí – Una religión que vaya contra el poder no perdura, es aniquilada, desaparece.

– Yo hablo sólo de la que he tenido más cerca y condicionó mis primeros años de vida – mostraba su desengaño – Al final acabé harto de

las normas limitativas que después se han cambiado a conveniencia. En cada momento han sabido beberle el agua al poder para disfrutar de su favor y sus privilegios. Haz lo que yo diga, pero no hagas lo que yo hago.

– Haz lo que quieras que si vienes a confesarlo y das limosnas a la iglesia todo se te perdona – también estaba lanzando toda mi artillería a discreción – Y si lo pagas puedes descartarte a conveniencia, tener tu propia bula

– Veo que tú tampoco eres muy religioso que digamos – exclamo riéndose.

– Agnóstico, como tú. Sólo creo en la bondad y respetabilidad de algunas personas.

– ¡Cómo me recuerdas a mí, jodido! – siguió con el buen estado de ánimo que había ido adquiriendo conforme habíamos avanzado con nuestra conversación – Vamos a darnos una vuelta hasta la fuente seca – me sugirió .

Juntos andamos en silencio el camino hasta el segundo barranco y allí nos entretuvimos, mudos, en contemplar el triste panorama de todo aquel secarral lleno de avispas nerviosas que parecían no encontrar las flores donde otras veces libaban satisfechas.

Mi abuelo se sentó en una piedra cerca de una junquera y miraba absorto la canaleta reseca y muda que de manera incomprensible nos negaba lo que siempre nos había dado de manera generosa y cantarina.

Según nos explicaba el señor cura, la situación del pueblo era la misma que la padecida por los judíos en el año 606 ac, que se habían visto abocados a la diáspora, cuando los babilonios conquistaron el reino de Judá, les derrumbaron el primer templo y trasladaron a los judíos a Babilonia. Incluso la iglesia de abajo – no la de la Lastra –, amenazaba ruina y por eso ya se utilizaba poco. Las paredes centenarias no aguantaban tanto peso y el tejado se había derruido en algunas partes.

– Ya se sabe que los curas son bastante tremendistas –me decía mi abuelo escéptico –, Y siempre barren para casa para consolar y adoctrinar a sus feligreses. Porque esto nuestro yo creo que es más natural que sobrenatural. Somos nosotros los que estamos descomponiendo los equilibrios que siempre hemos mantenido.

Yo escuchaba a mi abuelo reflexivo y preocupado, porque el tema de los cangrejos no me inquietaba por las familias que ya no los podían pescar, sino por que no los hubiese cuando íbamos con mis padres de merienda al lado del río en el puente “lavá” a bañarnos. Si acaso me preocupaba un poco porque la familia de Serapio – amigos incondicionales nuestros –, hubiese tenido que colgar sus reteles y dejar de irlos a pescar.

– Todo eso de los Nitratos para los campos, el gasoil de las cosechadoras, los jabones y detergentes que están sustituyendo a los jabones de soja, los cangrejos americanos que están echando en algunas partes del río no puede ser nada bueno para el campo. Y todo así.

– No sé – dudaba yo.

Mi abuelo siempre decía que los dos mayores inventos del hombre habían sido la rueda, ya hacía unos cuantos milenios, y el jabón de afeitar. Porque había hecho que los hombres tradicionalmente barbudos fuesen todos – por lo menos en mi pueblo así era –, con la cara como el culo de un bebé. Pero al ver los males que nos aquejaban ya empezaba a dudar de que el jabón de afeitar fuese tan sano como el que se hacía de sosa para lavar y fregar.

– Yo sólo sé que antes se gastaba cada año todo el estiércol que se llevaba a los estercoleros y aún faltaba, pero ahora, como utilizan los Nitratos, ya llevamos unos años que viene sobrando. ¿Qué haremos con él en unos años?

– Abuelo – le quise recordar yo palabras tuyas de otros días –, ¿Y la leche en polvo y el queso de lata americano?

– Ya me explicarás de dónde sale eso.

– Nos lo mandan los americanos – le decía yo lo que nos enseñaban en escuela.

Él sonreía malicioso por mis palabras, al ver que se me habían quedado de otros días, mientras cabeceaba afirmativamente.

– ¿Por qué esta primavera no ha venido la cigüeña que hacía más de veinte años que venía la misma? – me miraba expectante – Estamos echando el carro por el pedregal – se lamentaba.

Yo asentía al entender todo lo que me quería decir, pero no se me ocurría ninguna respuesta. Yo no sabía entender porqué el progreso que nos invadía en forma de nuevos elementos podía ser perjudicial, pero era evidente que estaba cambiando algunas de nuestras cosas y costumbres.

–¿Por qué Enrique, el hermano de Basi, se queja de que cada año hay menos abejas y recoge menos miel? Algo está empezando a cambiar en todas estas tierras y no es para mejor.

Yo no sabía qué responder a las preguntas de mi abuelo. Creía que él tenía respuesta para todo, pero era evidente que ante estas cosas inexplicables no las tenía ni quería porfiar.

– Todas estas invasiones materiales que nos han cambiado las cosas no son lo peor – dijo enigmático – Sino que han traído aparejadas otras miserias que antes no practicábamos.

Yo lo escuchaba atónito. No era posible que esas muestras del progreso fuesen portadoras de esas miserias que mi abuelo insinuaba.

– Antes sólo conocíamos los madrugones, el trabajo de sol a sol, el ayudarnos entre todos, en las tareas del campo, en un parto, en una enfermedad, en una muerte, en todo lo que podíamos. No queríamos ser más que el vecino, sino que todos tuviésemos lo mismo para disfrutar cada uno en su casa o a veces juntos de lo la naturaleza y el trabajo nos regalaban.



– El hombre se mimetiza con la vida de su entorno y se comporta con los demás según la vida lo trata – proseguía –, Y a nosotros nos trataba con generosidad.

Yo asentía y recordaba cómo Basi me daba siempre de la merienda que le preparaba su madre si íbamos a buscar nidos. O su madre me daba de merendar otras tardes. O los amigos de mi padre me invitaban a un trago de su bota cuando estábamos en el campo excavando unas patadas y pasaban ellos de vuelta a casa y se paraban a liar un cigarro con mi padre y echar un trago de la bota.

– Pero eso es el progreso – le repetía yo lo que a veces le había escuchado al maestro o al señor alcalde – Van a hacer que los campos produzcan más, los ganados engorden antes, las cosas lleguen antes a la capital,....

– Eso, eso – me paraba mi abuelo mientras se sonreía socarrón – Todo eso nos ha traído las prisas, las ansias de tener más, ganar más, trabajar menos,....la pereza, la difamación, la gula, la desidia, la maledicencia, la altanería, la soberbia, el querer ser más aunque no mejor que el vecino,..... – se reía abiertamente.

– Antes no se malgastaba nunca una cerilla, se encendía con un tizón o las ascuas del día anterior o un mechero de chispa. No se tiraba un cantero de pan duro. Con las sobras de un cocido se hacía una “ropavieja” o unas crocetas. Y no sabíamos lo que era una lata de conservas. Si acaso ahumábamos las cosas. Secábamos las setas en la cámara. Se embotellaban los tomates al final del verano, todo por procesos naturales y sin conservantes.

Mi abuelo tenía respuesta para todo menos para todos los males que nos estaban invadiendo de manera paulatina e inmisericorde. Como a todo el mundo lo tenían sumido en una total perplejidad. Y yo veía rotos todos mis esquemas. Todo lo que nos habían enseñado en la escuela y en la Iglesia era cuestionado por él de manera clara. Y lo peor era que los predicadores del progreso no tenían mejores respuestas para lo que nos estaba pasando.

– No sé – me encogía yo de hombros – Pero si nos vamos a la capital dice mi madre que allí sí están metidos de lleno en el progreso y, además, yo podré estudiar y aprender un oficio para colocarme mejor cuando sea mayor. A ellos el progreso no les ha afectado como a nosotros.

– Ellos no tienen fuentes como nosotros según dicen los que vienen de allí, ni tienen que ir al huerto o al campo para conseguir el sustento, pero padecen todos esos males que decíamos de las prisas y los demás vicios.

– No sé – me encogía yo de hombros – Yo lo que mi padre diga.

– Me parece bien por vosotros – asentía mi abuelo mientras íbamos de regreso al pueblo –, Porque mira tu padre, siempre deslomado a trabajar por cuatro duros, mientras que el contable de la fábrica porque sabe escribir a máquina y hacer cuentas es el que más cobra y sin mancharse ni tener que cargar sacas de pienso y grano.

– Eso dice mi padre, que allí en la capital podré aprender a escribir a máquina y hacer cuentas para ser un hombre de provecho y vivir mejor que lo ha hecho él siempre.

– Todos os acabaréis yendo poco a poco porque los tractores, las sembradoras, las cosechadoras, todas esas máquinas nos han quitado del medio y ya no se necesitan hombres para el trabajo del campo. Los plásticos han hecho inútil la resina de los pinos, ni siquiera para las medicinas que ya vienen todas del extranjero.

Yo seguía pensando que todo eso era lo que nos enseñaban del progreso, pero no quería mencionarlo porque a mi abuelo no le parecía la panacea que yo imaginaba.

– En el pueblo sólo nos quedaremos cuatro viejos que ya no podemos hacer otra cosa que esperar a que nos muramos y nos entierren en paz.

– Ni diga eso, abuelo – me sobrecogía yo al oírlo hablar de la muerte con esa naturalidad.

Porque la muerte en el pueblo, como tantas otras cosas, las administraba el señor cura. Sino la muerte, por lo menos la entrada en el paraíso y, por ello, nos hacía ver que era algo sobrenatural.

– Porque yo, eso sí – continuaba él mientras se recolocaba la gorra – lo que no me gustaría es que me enterrasen en otro sitio. Que me dejen aquí, donde están mis padres y mis abuelos.

Mi abuelo siempre decía esta misma frase y yo se la había oído mil veces delante de mis padres y de otros viejos. Yo creo que era porque se creía lo que nos decía el señor cura, aunque él no fuese muy partidario suyo.

Pero es que el tema era evidente: estábamos a las puertas del paraíso y por eso él quería morir cerca. Aunque ahora nos lo estuviesen cambiando.

### ***Epílogo***

Mi abuelo, como su hermana, la “tíavieja”, persistieron en su perplejidad y pudieron resistirse a la ola imparable del progreso que todo lo arrasaba, doce años más. Pero la “tíavieja” se murió y entró directa al paraíso por la puerta que había al fondo del camposanto en un cobertizo misterioso, siempre cerrado.

A mis abuelos ya ancianos y sin capacidad para valerse por sí mismos nos los tuvimos que traer con nosotros a la capital donde vivieron todavía unos años encerrados en el progreso de un pequeño piso de arrabal. La abuela bienviviendo de sus recuerdos y la costura de mantas nuevas que nos hacía con trapos viejos, pero ajena al trasiego de la calle donde, cada día, la vida transcurría apresurada en un concierto inarmónico de gente que, mal concertada, corría tras el progreso sin llegar a alcanzarlo.

Mi abuelo bajaba cada día a dar una vuelta por el jardín artificial que teníamos disecado a la puerta de la calle como un mal espejo de la inmensidad del campo. Allí intercambiaba con otros ancianos, transplantados como él de mil pueblos perdidos, su perplejidad creciente por un mundo cambiante que los sobrecogía.

En la calle veían las miserias de la gente persiguiendo una vida invivible, mediata, limitada y llena de incertidumbres ciertas, mientras en la ventana mágica de la televisión nos mostraban un mundo ilimitado e inabarcable pero lleno de certidumbres inciertas, maravillosas e inabarcables.

En la cercanía de la calle podían ver las paradojas tras las que corríamos todos los demás en un círculo miserable sin justificación aparente, mientras en la lejanía de la televisión podían ver los señuelos y espejismos fugaces que nos mostraban para hacernos creer en los paraísos artificiales que nos iban a traer la dicha suprema para gozar

sin trabajar, disfrutar sin merecer, todo para contentar nuestros deseos eternos con alegrías pasajeras y gozar en solitario lo que no sabíamos ni debíamos compartir con los demás.

Los pisos eran mundos minúsculos y cerrados donde escondíamos nuestras pequeñas alegrías y purgábamos nuestras grandes miserias. Nos estábamos encerrando en nosotros mismos con pequeños goces terrenales incompatibles, porque no sabíamos disfrutar de los grandes placeres compartidos que la naturaleza siempre nos había regalado con prodigalidad.

Ahora, los que aprendimos a vivir a las puertas del paraíso, moramos lejos de allí, hemos viajado por medio mundo, hemos conocido otras gentes y otras culturas y hemos tratado, de manera inútil, de comprender en los libros el sentido inexplicable de esta vida sin sentido y nos hemos visto sobrellevados y arrastrados por la rueda del progreso. Por ello necesitamos regresar cada año, cuando la rueda imparable de la vida pasa más cerca de aquel pueblo, Anguita, para recargar nuestras vidas.

El entorno es el mismo y allí residen las energías que nos alimentaron en nuestros orígenes, pero las fuentes se siguen secando, los pinares desaparecen, los cangrejos no perviven, las truchas son escasas, los campos no se siembran, las choperas son escuálidas, el espliego es una reliquia de museo al aire libre, el navajo está casi seco cada estío, las abejas ya no liban, la cigüeña ya no ha vuelto y los gallos ya no cantan al amanecer, mientras las jaurías de perros enjaulados aúllan en las madrugadas añorando su libertad robada.

Necesitamos libar en las pocas fuentes que perviven, meditar sobre sus piedras y perdernos por los campos ya que las gentes que adornaban cada esquina, el cantón, el salidero, la plaza, los bancos de la iglesia, todos los que enriquecieron los paisajes de mi infancia fueron entrando por la puerta misteriosa del camposanto y nos esperan allí, junto a mi padre, mis abuelos y todos los que han muerto lejos pero han acudido a su llamada.

Mientras, nosotros, los supervivientes del progreso y amantes de la vida volvemos cada año a las puertas del paraíso para recargar nuestras almas. Aunque hemos descubierto – como le pasó a mi abuelo que me confesó antes de morir que ya no le importaba morirse lejos –, que el paraíso no está en aquellas tierras – desde allí sólo se podía ver con nitidez –, sino que lo llevamos dentro y nos acompaña mientras soñamos despiertos y queremos dormidos aquellos pasajes de felicidad vividos.

Por eso, no nos importa morirnos lejos y que nos entierren o nos quemem en cualquier morgue sofisticada de diseño futurista.

Nuestro espíritu volará hasta Anguita para reunirnos con las almas que nos aguardan en el cuartito misterioso del fondo del cementerio.

## PERFIL BIOGRAFICO DEL AUTOR

Félix Serrano Alda, nacido en Anguita (Guadalajara). Estudió Económicas en la Universidad de Barcelona donde fue profesor en la Facultad de Económicas y en la Escuela de Empresariales.

Empezó su andadura profesional en Marketing Financiero en Caixa de Barcelona. En 1.983 se incorporó en Madrid a Citibank. Ha sido Director de Marketing de Caixa Galicia, Caixa Catalunya y Allianz Seguros. Desde el 2001 trabaja como Consultor para entidades financieras y de seguros.

Anteriormente ha publicado *La Camisa del Hombre Feliz*. Amat Editorial *El Doncel no ha vuelto*. *Nuevos Escritores*, *Saca partido a tu dinero* . *Espasa* y *La felicidad de vivir*. Espasa.

Participo en el Concurso de Novela Corta de la Revista literaria Katharsis obteniendo el Tercer Premio.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

**Depósito Legal: MA-1071/06**

**© Ediciones Katharsis 2012**